

Economía y reproducción social*

Para adentrarse en el estudio de la economía y reproducción social de los pueblos indígenas del estado de Guerrero es necesario considerar un mosaico de aspectos que les son propios a cada uno de los cuatro pueblos que aun perviven en territorio guerrerense y, al mismo tiempo, tomar en cuenta aspectos históricos, sociales y culturales que los han puesto en una clara condición de desventaja respecto al resto de la población. Históricamente, los indígenas han sido relegados de la vida política, social y cultural que ha propiciado una situación evidente de marginación y pobreza extrema; aunado a ello, la mayoría se encuentra asentada en territorios orográficamente hostiles, lo que da como resultado que su reproducción social esté claramente diferenciada de la del resto de la población nacional, ya que se enfrentan a obstáculos muy difíciles de vencer: ser pobres e indígenas.

Es indudable que las regiones indígenas —como La Montaña de Guerrero— se conocen por su histórico rezago económico, y su caracterización está basada, la mayoría de las veces, en enfatizar su alto grado de marginalidad y pobreza extrema, a la que se puede agregar la existencia de rezagos de carácter ancestral en materia de desarrollo social y humano y los más altos índices de analfabetismo de toda la entidad, sin embargo, por ello se deja de lado que es justamente en estas regiones donde aún se conservan los más ancestrales rasgos de identidad recreados en la vida comunitaria de los pueblos indígenas que han dado sustento en gran parte a la conformación del rostro identitario del estado.

La identidad de los pueblos nahuas, mixtecos, tlapanecos y amuzgos se encuentra íntimamente ligada a la comunidad como espacio vital de donde, a partir de la vida cotidiana, se tejen las relaciones

políticas, económicas y familiares de los grupos. El mantenimiento, a lo largo del tiempo, de la identidad étnica y cultural está estrechamente vinculado con el funcionamiento de instituciones sociales y políticas. La cosmovisión y filosofía de los pueblos indígenas se manifiesta en su simbología lingüística, en su concepción de la relación hombre-naturaleza que, penetrada por un profundo misticismo y religiosidad, involucra todas las instituciones de las sociedades indígenas: la familia, las ceremonias religiosas, el gobierno y las relaciones productivas.

Es por eso que, si bien reconocemos que es sumamente complejo tratar de caracterizar a las economías indígenas y, sobre todo, tratar de generalizarlas, sí podemos hablar de una lógica común en las prácticas cotidianas en la dialéctica producción-reproducción que desarrollan las comunidades.

Cada grupo étnico se comporta de manera diferente y, más aun, cada comunidad tiende a comportarse como una unidad de producción y consumo. Sin embargo, las diferencias que puedan notarse entre ellos no son tan sustanciales como para no ver que comparten las mismas estrategias económicas en la medida en que participan de una misma orientación productiva y tecnologías tradicionales similares. De igual manera, hay una lógica económica indígena que se basa principalmente en la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas y trasciende las adscripciones lingüísticas o culturales. En segundo lugar, cada unidad doméstica indígena dentro de cada comunidad, funciona como una unidad económica cuya producción, distribución y consumo se orientan por las necesidades materiales y ceremoniales, de ellas mismas y de la comunidad en la que viven, sin que ello implique que no estén articuladas desventajosamente a la economía de mercado.

En tercer lugar, los pueblos indígenas contemporáneos actúan y se desarrollan en la dialéctica

* Mario Octaviano Martínez Rescalvo. Profesor-investigador. Unidad Académica de Antropología Social. Universidad Autónoma de Guerrero.

producción-reproducción social. Por producción entendemos al conjunto de acciones que la sociedad realiza para subsistir y garantizar su existencia, y que implica la producción de bienes materiales y la incorporación de innovaciones tecnológicas y organizacionales. La reproducción social se entiende como aquellas acciones tendientes a inculcar e interiorizar las formas y los significados de la producción, da sentido a la existencia, es la experiencia social acumulada, es *una referencia metodológica fundamental, pues considera de una manera integrada diversos elementos de la vida familiar y comunal que incluyen aspectos materiales y simbólicos presentes en la esfera de lo económico, lo demográfico y lo político y que articula también elementos de la dinámica social que explican los procesos de permanencia y cambio como parte de sus elementos constitutivos*. (Canabal, 2002: 16). En ese sentido, consideramos preciso agregar el concepto de *estrategias de reproducción social* que contempla las historias particulares e influencias de los procesos presentes al momento de la interacción y relaciones primordiales (parentesco, compadrazgos y amistades) y, los contextos específicos, la coherencia de intereses y mecanismos psicológicos de los grupos sociales, así como los aspectos simbólicos, experiencias e informaciones recuperadas para la toma de decisiones a todo nivel.

Las estrategias que los grupos indígenas seleccionan para asegurar la totalidad de su reproducción social están insertas en procesos históricos particulares; la reproducción social por lo tanto, se vincula necesariamente con la cultura, que es heredada, construida y recreada día con día y cuyo sustento asegura la subsistencia del ser humano, con elementos para el control y manejo del medio ambiente físico y social y que estructura su vida comunitaria y las posibilidades de interacción con otros grupos sociales.

Por ello, creemos que los indígenas basan su actividad fundamental, aunque no exclusiva, en la agricultura de temporal. La agricultura sigue siendo el tronco a partir del cual se estructura y se diseña la estrategia de la subsistencia rural. De dicha matriz se genera una cultura agraria, durante todo el proceso del ciclo agrícola. Los portadores de esta cultura autóctona no son sólo las comunidades nahuas, mixtecas, tlapanecas o amuzgas, sino también los pueblos campesinos de estirpe indígena, quienes practican los ritos y las ceremonias de petición de lluvias, los cultos y la festividad a la cosecha; las bendiciones a los apeseros agrícolas, a las yuntas, a las semillas; de las peticiones a los dioses de la naturaleza para un buen temporal, en fin, de los rituales de todo el proceso de producción agrícola (Matías, 1997: 127).

El maíz es la base de la dieta campesina y juega un papel importante en la conformación de la cultura regional. Su importancia social difícilmente puede encontrarse en criterios de mercado, precio o rentabilidad, ya que es un cultivo asociado directamente a la vida comunitaria y al proyecto de vida campesino. Su consumo representa dos terceras partes de la dieta diaria de los indígenas de Guerrero.

Por ello, los rituales de petición de lluvia adquieren una singular importancia, sin embargo, no son los únicos sucesos en la vida de las comunidades que renuevan los lazos sociales; la vida ceremonial y festiva de las regiones indígenas es muy rica, las festividades asociadas al santo patrón del pueblo, y las ligadas a los ciclos vitales, son espacios para el compartimiento, para la recreación de la identidad étnica pero también son un espacio de liberación y trasgresión.

Así, la identidad indígena, inserta en una sociedad nacional, se construye y desarrolla en un ámbito socioeconómico y político en el que su quehacer campesino, su idioma y variantes dialectales, sus formas tradicionales de organización social y la presencia y/o pertenencia a partidos políticos, matizan y contextualizan su conformación.

Es importante, sin embargo, mencionar que la presión sobre la tierra por el crecimiento de la población, aunado a los cambios en el régimen de lluvias, y el total abandono que las políticas gubernamentales en todos sus niveles (municipal, estatal y nacional) mantienen sobre el campo mexicano, ha propiciado que en algunas microrregiones de La Montaña o el Alto Balsas se abandone paulatinamente la agricultura y por tanto la economía se sostenga de la migración o de las artesanías casi en su totalidad.

Los pueblos indígenas han logrado sobrevivir y mantener su identidad con las formas y estrategias implementadas en los ambientes geográficos de las distintas regiones en que se encuentran. Las estrategias de sobrevivencia incluyen una gama de actividades económicas que ayudan a completar su sustento y que les permite guardar una relación menos dependiente del mercado nacional. Esta relación es el otro aspecto que hay que destacar: la desigual articulación de la economía indígena con el mercado nacional y mundial. El caso más paradigmático lo constituye el trabajo de la palma. En varios municipios indígenas destaca su producción y venta, sin embargo, esta actividad les reditúa bajos ingresos debido a la mala posición que tienen en el mercado. El circuito de la palma es controlado en su totalidad por el intermediarismo: la materia prima, el precio del producto semielaborado, su acabado y su colocación en el mercado. La transferencia de valor es enorme y be-

neficia, sobre todo, a los acaparadores que controlan el mercado nacional e internacional.

La gran mayoría de los pueblos indios despliega su actividad económica en el medio rural, sin embargo, en este espacio puede observarse un claro deterioro de sus principales actividades agropecuarias, lo que coloca a su economía en una situación de franca debilidad.

Así pues, en el presente ensayo se delinean las principales actividades económicas que desarrollan los indígenas guerrerenses en la actualidad, así como las estrategias de sobrevivencia que permiten su reproducción como grupos sociales.

Desarrollo distorsionado

Guerrero es un estado de diversidades y desigualdades. Contrastan no sólo sus características geográficas —doradas playas para turistas e intrincada sierra y agreste montaña donde habitan los pueblos indios—, sino sobre todo el desarrollo desequilibrado de sus regiones y sectores económicos. El ejemplo de modernidad, llamado Triángulo del Sol, conformado por las bahías de Acapulco, Ixtapa-Zihuatanejo y el colonial Taxco, compite con regiones como La Montaña, donde se acumula el rezago económico-social de la entidad y del país y donde se ubica el municipio más pobre y marginado de México, Cochoapa el Grande.

La enorme disparidad se debe en parte al modelo económico impuesto desde los años cuarenta del siglo pasado, que apostó el desarrollo económico de la entidad al turismo y relegó a la industria y sobre todo al sector agropecuario, con la consecuente deformación del aparato productivo. Es decir, esta entidad se articuló al proceso de acumulación destinando los recursos monetarios con prioridad absoluta al desarrollo turístico, en detrimento de los otros sectores de la economía, sobre todo del sector primario, donde todavía se concentra el grueso de la población económicamente activa, que no alcanza a producir siquiera lo indispensable para satisfacer la demanda interna, y, consecuentemente, libera gran cantidad de fuerza de trabajo que la incipiente industria de la entidad no logra absorber. La configuración de la economía guerrerense actual está definida por este proceso: el capital fluye hacia la industria turística, condenando a la población rural e indígena a una situación de rezago permanente.

En relación al ingreso, en 2000 fue bajo para el conjunto de la población indígena: el 45.7% declaró no ser asalariado y, del resto, un 24%, recibe menos de un salario mínimo, y sólo el 30% percibe más de uno. Sin embargo, cuando se revisan los números en los municipios con fuerte presencia indígena, éstos se incrementan de manera sustancial: ese año, el 85.4%

La economía de pastoreo en La Montaña

*Donaciano Gutiérrez Gutiérrez**

El pastoreo de ganado ovicaprino juega un papel fundamental en la economía de la región de La Montaña de Guerrero. Sin embargo, es la cabra la que tiene un peso mayor en términos económicos y culturales. La cabra es el primer rumiante domesticado y uno de los principales animales explotados por el hombre; dicho aprovechamiento se remonta a épocas tan lejanas como el Neolítico.

En los años setenta del siglo xx, 260 millones de cabezas de cabra se distribuían geográficamente desde China, India, Pakistán, Irán, Brasil, México, hasta Sudáfrica, Alemania, Japón, Austria y 32 países más. Las poblaciones más numerosas de caprinos se encuentran en China, Mongolia y la India, países que en conjunto sumaban casi 150 millones. En la escala mundial, México ocupaba el quinto lugar con 10 600 000 (González 1977: 27). Al 31 de diciembre de 1993, la existencia del ganado caprino a nivel nacional era de 6 882 767, el estado de Guerrero ocupaba el séptimo lugar en el país con 443 669 cabezas; superado por Oaxaca (750 mil), Coahuila (749 mil), San Luis Potosí (663 mil), Puebla (567 mil), Nuevo León (523 mil) y Zacatecas (454) (INEGI, 1993). Al 31 de diciembre de 2004, el estado de Guerrero contaba con 628 276 cabezas de ganado caprino (INEGI, 2005).

Es de hacer notar que, salvo en pocos lugares del mundo, las cabras se encuentran en zonas áridas o semiáridas, pues un común denominador del ganado caprino es el aprovechamiento de la vegetación xerófila de poca o ninguna utilidad. La gran adaptabilidad de la cabra, así como su rusticidad la han hecho un animal muy útil para la cría en ciertas regiones que por sus características climáticas no se prestan para otros tipos de aprovechamiento. La importancia de las cabras, al dar valor a ciertos terrenos inadecuados para el cultivo agrícola o cría de otros ganados, es de gran significación social, sobre todo en países como México, donde las superficies áridas o semiáridas abarcan más de la mitad del territorio. Al aprovechar la vegetación xerófila de poco significado económico en otros aspectos, la transforma en alimento de elevado valor para la familia campesina, como la carne, la leche y los quesos, así como en subproductos que le proporcionan ingresos complementarios a su precaria economía, como la venta de pieles y carne salada (González, 1997: 29).

Fue con los españoles que llegaron a tierras americanas los ganados que actualmente son productos de cría y explotación en México; su introducción fue lenta, paulatina pero firme. De todos los ganados que llegaron a América, el que primero se introdujo fue la cerda, debido a la facilidad de su transporte; además, su carne, previamente salada, se podía conservar mucho tiempo en cualquier clima. En cuanto a la introducción del ganado lanar, éste no presentó grandes dificultades, dado que las condiciones de clima y topografía permitían con facilidad su aclimatación en tierras americanas. El ganado

* Investigador de la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología e Historia.

bovino fue introducido en forma más tardía que el ganado menor. El abastecimiento de carne de res en la ciudad capital fue iniciado hacia 1526 y en forma más constante y en mayor escala hacia 1528. El ganado caballar se utilizó primero para hacer la guerra, y en ocasiones se empleaba como animal de tracción en los caminos y en las labores del campo (Chevalier, 1956).

Probablemente la cría de ovicaprinos se inició hacia 1571-1574 "... y cabras también se crían en todas partes de las Indias aunque no se dan cifras de ellas porque no son de tanto provecho" (López de Velazco, 1571), lo cual indica que en esos años, cuando se iniciaba la introducción de dicho ganado, éste no tenía preferencia sobre el resto de los traídos de la metrópoli. Es hasta 1850 cuando se encuentran datos estadísticos más específicos que muestran la magnitud de las poblaciones de ganado en una porción del país e indican que para esa fecha el ganado caprino tenía preponderancia en el norte de México, aun sobre el vacuno, principalmente en el actual estado de Nuevo León (González, 1977: 32).

Es posible que la preponderancia del caprino sobre el resto de los ganados, aun sobre el vacuno, de mucha importancia económica, se haya debido a diversos factores, uno de los cuales es el tipo de vegetación predominante en el norte del país —fundamentalmente árido— de poco valor y de utilidad sólo como forraje de baja calidad para el ganado adaptado a condiciones de aridez, así como de resistencia a condiciones climáticas extremas. Por otro lado, la población española que inició la colonización de esa región parece que provenía de las provincias en las cuales se tenía como costumbre utilizar la carne de cabra o cabrito en la diete diaria (*Ibid.*: 33).

La actividad ganadera caprina fue impuesta por los españoles en La Montaña de Guerrero en diferentes modalidades —estabulación, pastoreo libre, itinerante— una de ellas, que Danièle Dehouve (2004) llama la "vida volante", fue introducida siguiendo el esquema del pastoreo itinerante, bien conocido en las zonas montañosas de Europa y en especial de España, que es el más conocido por su pastoreo trashumante. Todo tipo de ganado podía ser ambulante: las vacas, los borregos, las cabras y los cerdos. Sin embargo, la trashumancia podía ser local y realizarse dentro de un territorio comunal o entre pueblos vecinos o, al contrario, ser regional y seguir rutas largas de mil kilómetros, como en el caso de las haciendas volantes, las cuales tenían un propietario y una sede situada en los alrededores de Puebla, donde comercializaban sus productos. La autora se cuestiona los límites del fenómeno pastor y delimita un "área bastante homogénea a nivel social e histórica que abarca la parte oriental de Guerrero y la occidental de Oaxaca"; un "rectángulo Puebla-Tehuacán, Costa Chica-Mixteca Baja" pero advierte que, "ha dejado por estudiar sus franjas: la Sierra de Zongolica, la parte occidental de Guerrero y la oriental de Michoacán" (Dehouve, 2004: 14-16).

¿Cuál es en la actualidad la situación de la ganadería caprina en Guerrero y en particular la región de La Montaña? Al 31 de

diciembre de 2004, Guerrero contaba con una población caprina de 628 276 cabezas; en 1993, tenía 443 669 chivos, es decir, en 11 años, la población de chivos aumentó en 184 607 cabezas. El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) maneja siete regiones para Guerrero y las siguientes estadísticas de la población de chivos: Tierra Caliente (166 147), Norte (97 807), Centro (97 807), Montaña (54 568), Costa Grande (53 849) Costa Chica (135 00) y Acapulco (23 687). La otra población de animales en Guerrero es: bovino (1 300 000), porcino (1 000 000), caprino (628 000), equino (546 319), ovino (99 000) (INEGI, 2005).

La ganadería caprina se sitúa en el sector agropecuario, que es la actividad sobresaliente en La Montaña. Ya desde 1970 observamos que del total de tierras censadas (536 021 hectáreas), el 10% se encontraba en la forma jurídica de propiedad privada, mientras que el 90% restante correspondía a 82 ejidos y 42 comunidades. Un dato que permite observar el bajo potencial agrícola de zona es que sólo 12.7% del total de las tierras censadas se reporta como de labor, mientras que un 67.2% eran inadecuadas para la agricultura; un 9.7% con pastos en cerros y llanuras, así como el 6.8% con bosques (Gutiérrez y Obregón, 1991: 321).

Como es de suponer, el grueso de las tierras improductivas se localiza en los ejidos y comunidades que cuentan con un 73.5% de sus tierras como improductivas y un 8.9% de labor. Por otra parte, nuevamente serán los municipios indígenas en donde se localiza el mayor número de tierras improductivas; por ejemplo en Metlatónoc y Copanatoyac, más del 93% de sus tierras entran esa categoría; en Zapotitlán Tablas, el porcentaje alcanza el 91.4%, y en Tlapa el 84.9%. En términos generales encontramos que la tenencia de la tierra en La Montaña, nos indica el predominio de pequeñas unidades campesinas que, en promedio, tendrán parcelas que van de una a tres hectáreas. Los principales cultivos nos hablan de una escasa diversificación del sector, pues solamente se menciona en la información oficial el maíz, frijol y arroz como productos principales, aunque en menor escala se empezaron a introducir otros cultivos comerciales como el sorgo y el ajonjolí. En región de la Cañada, que va de Tlapa a Huamantla, existen huertas de mango y mamey que se comercializa en los mercados de Puebla y el Distrito Federal (*Ibid.*: 324).

La ganadería es una actividad que se practica poco, nos referimos al ganado mayor que, para 1980, sólo reportó un 10% de la producción estatal. Si tomamos en cuenta que sólo este porcentaje del ganado bovino se localiza en la región, estamos hablando de un rubro que incluye ganado de carne, ganado de leche y ganado de trabajo; esto es, las posibilidades de una dieta alimenticia que incluye carne roja de res y leche son precarias. Por otro lado, considerando el atraso de los instrumentos de trabajo agrícola que se utilizan en La Montaña, con la yunta como fuerza de tracción, podemos explicarnos los bajos rendimientos agrícolas. Los municipios que destacan por el número de cabezas existentes son Chilapa, Olinalá y Tlapa, que ocupan los primeros lugares como centros de producción o por ser los

puntos de comercialización de ganado mayor por excelencia (*Ibid.*: 325).

El caprino ocupa el tercer lugar en importancia a nivel estatal y en nuestra zona de estudio abarca 13 municipios de La Montaña: Ahuacotzingo, Atlamajalcingo del Monte, Alcozauca, Atlixac, Copanatoyac, Cualac, Chilapa de Álvarez, Malinaltepec, Metlatónoc, Tlacoapa, Tlapa de Comonfort, Xalpatláhuac y Zapotitlán Tablas. El ganado caprino tiene una profunda significación a nivel económico y cultural; por un lado, esos 55 000 chivos tienen un peso económico muy fuerte en la región de La Montaña, donde conviven 181 523 indígenas: 93 879 nahuas, 79 960 mixtecos y 67 902 tlapanecos, con los mestizos de la región; es en 242 080 hogares donde se habla lengua indígena, es decir, casi la mitad a nivel estatal (473 054) (*XII Censo de Población y Vivienda 2000*).

El chivo tiene una gran significación cultural, es un emblema ritual central; el sacrificio y la ofrenda del chivo a las deidades de la fertilidad (lluvia, tierra, cosecha) es fundamental en la geografía sagrada ritual de La Montaña; entre los nahuas-mixtecos y tlapanecos existe un circuito ritual que abarca 12 cerros que enlazan comunidades y pueblos, y sacralizan el territorio donde el chivo juega un papel central en los rituales (Orozco, 2006: comunicación personal).

La importancia del ganado caprino resalta al tomar en cuenta que un 34% de las cabezas de este ganado (55 mil cabras y 99 mil ovinos) se localiza en esta región donde se encuentran las principales áreas productoras. La principal forma de producir es a través de la unidad campesino-ganadera. Esta unidad establece una serie de relaciones sociales entre el dueño del ganado, el propietario de los pastos, con los intermediarios encargados de las relaciones con el mercado capitalista y con los “pastores” y trabajadores involucrados en el proceso productivo directo. Todas estas relaciones forman una compleja red “cultural” en la que cada una de estas partes intervienen haciendo uso de tradiciones conscientes o inconscientes que se adecuan al proceso de valorización del capital.

Las características fisiológicas antes señaladas y las formas de explotación económica del ganado caprino, nos llevan a ubicar el inicio del proceso productivo cuando se da la primera temporada de nacimiento del nuevo ganado, esto es por los meses de mayo y junio, cuando inicia el ciclo de pastoreo trashumante y regresan a sus lugares de origen en octubre y noviembre para el segundo parimiento y la realización de las matanzas y ventas. El ciclo productivo está fuertemente condicionado por los elementos naturales que marcan tanto los tiempos, los lugares, así como los diferentes procesos de trabajo que se realizan y los agentes económicos que participan en la reproducción de esta actividad. Sin embargo, son las relaciones sociales de producción las que le dan carácter y dinámica a este proceso.

En los meses de abril y mayo, cuando la época de estiaje llega al máximo, es también el momento en que las relaciones

sociales se “redefinen”. El dueño de los hatos planea su actividad, que implica la contratación o el “apalabramiento” con sus pastores, la negociación con los dueños de los pastos e incluso los compromisos con los compradores, quienes en algunos casos participan en el financiamiento de la empresa.

Por lo que toca al aspecto genético de los caprinos de la región, éste es de muy baja calidad, ya que, en su totalidad, los animales existentes son considerados como ganado criollo o corriente, no lechero. En la composición racial de la población caprina de la región predominan ciertas características de la raza Saanen, pero la composición genética es un verdadero mosaico: un 95% aproximadamente es ganado corriente, de muy baja productividad, resultado de las cruas indiscriminadas y sin ningún encauzamiento zootécnico, que han originado un animal sin ningún biotipo definido. Sin embargo, hay que destacar que son animales con características de rusticidad y adaptabilidad que le dan resistencia al medio; un proceso de mejoramiento y/o sustitución de razas está condicionado a modificar el sistema de manejo de la región, mejorando primero los aspectos de alimentación y nutrición así como los sanitarios y de reproducción para poder implicar un programa genético con las cruas adecuadas que aprovechen el vigor híbrido y que rindan frutos positivos (*Ibid.*: 336).

Entre la distinción que hacen los productores de los diferentes tipos de ganado caprino, encontramos el chivo denominado “corralero” o “cuadrillero”, que es aquel ganado que se saca de los corrales, es decir, de los cercados de piedra o de ramas de árboles; el ganado cuadrillero es aquel ganado pastoreado en terrenos comunales. Otro tipo de ganado es el conocido como “pastoreño” o “montañero”, el cual efectúa un sistema de pastoreo trashumante que abarca grandes extensiones. Este pastoreo es ya mucho menos común, sin embargo, destacamos que este proceso absorbe una porción importante de la producción caprina de la región; este tipo de ganado es el más apreciado por los compradores e intermediarios que acuden a la región para conducirlo a las matanzas de Puebla y Oaxaca, así como los introductores menores, “barbacoyeros”, del Estado de México, Morelos y el Distrito Federal.

A nivel cultural tiene una gran importancia, pues la cabra puede representar a las deidades o puede relacionarse con ciertos espacios sagrados que vinculan a los animales con realidades míticas y sobrenaturales, así como diversas regiones del universo; en las ceremonias agrícolas está presente y ocupa un lugar fundamental en los rituales de culto a las cuevas y a los cerros, como en el caso del ritual a la Santa Cruz, que se celebra en la localidad de Atenxoxolola, en donde una estalactita tomó forma de chivo junto a otras dos que representan el maíz y la virgen, a las cuales se les presentan ofrendas para que no les pase nada, ya que juegan un papel importante en la economía y dieta de los indígenas montañeros (Orozco y Villela, 2003: 150).

Finalmente, el chivo como fauna doméstica dio fondo a la tendencia de movilidad que acontecía desde la época prehispá-

nica que, más que atenuarse o desaparecer con el contacto, se reformuló, resultando en una apropiación muy particular de los elementos importados. El chivo creó sin duda nuevos espacios para la cultura, pero también retomó otros ámbitos de la fauna local previamente establecidos como, por ejemplo, en la esfera ritual y religiosa. Así, en la actualidad, las principales ofrendas y sacrificios involucran básicamente animales intro-

ducidos como toros, ovejas, gallinas y, por supuesto, el chivo. A su vez, tampoco debe soslayarse que la vertiginosa incorporación de las especies domésticas introducidas, no fue un acontecimiento exclusivamente económico o religioso, pues también se dio, presumiblemente, al nivel de la taxonomía zoológica indígena integrándose plenamente, con el tiempo, a la ideología y la cosmovisión. ■

de la población no percibió ingresos en Metlatónoc; 80.8%, en Acatepec; el 79.8%, en Atlixac; 79.4 %, en Zapotitlán Tablas; 69.4%, en Igualapa; el 67.5%, en Tlacoapa, y el 66.3% en Tlacoachistlahuaca. De estos municipios, en Acatepec, menos del 10% recibe más de un salario mínimo, en Metlatónoc, Zapotitlán Tablas y Atlixac menos del 12% lo recibe; Tlacoachistlahuaca con el 14.6% y Tlacoapa con el 23% son los municipios que tienen los más altos porcentajes en este bloque.

En otro grupo podemos ubicar a Tlapa, cuyo porcentaje de población ocupada que recibe más de dos salarios mínimos es de 61.6%; mientras que en Xalpatláhuac el 54.1% y en Cualac el 50.4% rebasan con mucho el promedio estatal indígena que es de 30.1% y que, en suma, es bajo.

Se debe destacar que el 52.4% de la Población Económicamente Activa Agropecuaria (PEA-A) es decir, 62 178 personas, así como 56 516 (47.6%), ubicadas en los otros dos sectores se encuentran entre los que no reciben ningún tipo de salario, es decir, el 45.7% y en el rango de entre menos de uno a un salario mínimo, población que constituye el 69.8% de la PEA ocupada.

Tomando en cuenta a la población indígena de la entidad, aquí se consideran todos los municipios indígenas o con presencia de población indígena según las estimaciones INI-Conapo (*Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México 2002*). El *XII Censo General de Población y Vivienda*, aplicado el año 2000, arrojó las siguientes cifras: de un total de 296 787 personas de 12 años y más, el 41.57%, es decir 123 369 se considera población económicamente activa (PEA), y el 58.43% (173 418) es considerada económicamente inactiva (PEI). Ahora bien, de la PEA, el 98.8% se encontraba ocupada y sólo el 1.2% desocupada. Por sector de ocupación, de un total de 118 694 personas contempladas, el 52.4% tiene como ocupación principal las labores agropecuarias, el 23.3% se encuentra en el sector secundario y el 24.3% se ocupa en los servicios. Considerando solamente a los municipios con 40% y más de población indígena, observamos que el porcentaje de personas ocupadas en el sector primario se eleva al 61.1%, es decir, se concentran en la agricultura,

mayoritaria de minifundistas que producen casi exclusivamente para el autoconsumo y se reduce en los otros dos: 21.3% al sector llamado industrial, que realmente es manufacturero, relativo a talleres de tabicones y demás productos para la construcción de casas; también aquí se incluyen los relativos a la manufactura de artesanías como el sombrero y la cinta de palma, de papel amate, hamacas, textiles y lacas. Por último, tan sólo un 17.6% se distribuye en los rubros de servicios: burócratas, profesores de primaria y secundaria, trabajadores de limpia y enfermeras; en el comercio (como vendedores por su cuenta, asalariados en tianguis o pequeñas tiendas de abarrotes), y en comunicaciones y transportes (choferes de las pasajeras y taxis locales, peones en la construcción o reparación de caminos). Como se mencionó, el porcentaje mayor de población indígena se ubica en el sector primario, pero es mayor o menor dependiendo de la ubicación geográfica en donde se encuentran sus territorios, así, por ejemplo, los tlapanecos de La Montaña se ocupan principalmente en este sector, seguidos por mixtecos, amuzgos y nahuas.

En este marco, sobreviven cuatro pueblos indígenas en territorio guerrerense, nahuas, mixtecos, tlapanecos y amuzgos. Se distribuyen a lo largo y ancho del territorio de la entidad, sin embargo, sus asentamientos principales se localizan en cuatro de las siete regiones en que se ha dividido el estado de Guerrero: La Montaña, Centro, Costa Chica y región Norte (las otras son Tierra Caliente, Costa Grande y Acapulco). En La Montaña, donde habitan la mayoría de los indígenas guerrerenses, conviven nahuas, mixtecos y tlapanecos; en la región Centro habitan nahuas fundamentalmente; en la Costa Chica amuzgos, mixtecos y tlapanecos, y en la región Norte nahuas, destacando su presencia en la subregión del Alto Balsas.

La población indígena representa el 14.6% del total del estado con 367 110 miembros, que a su vez representan el 6.2% del total nacional (*XII Censo General de Población y Vivienda*).

Como la mayoría de los pueblos indios de México, los de Guerrero de igual forma se caracterizan por

vivir en regiones apartadas y de difícil acceso, tal es el caso de la región de La Montaña que concentra cerca del 50% de la población indígena de la entidad, motivo por el cual ha sido una de las regiones más estudiadas en este aspecto, irónicamente es también la que representa claramente el estado actual de los indios en México, un alto grado de marginación y el abandono por parte de los diferentes niveles de gobierno.

El estado de Guerrero está conformado actualmente por 81 municipios, de los cuales 23 presentan la mayor concentración de habitantes de lengua indígena.

A continuación haremos mención de las principales actividades productivas que desarrollan los pueblos indígenas en los municipios y las regiones donde habitan. Cabe señalar que la mayor parte de estas actividades se estructuran alrededor de complejas estrategias de sobrevivencia que las familias campesinas indígenas desarrollan con el fin de asegurar su reproducción económica, social, política y cultural.

Para fines de exposición se utiliza el esquema tradicional por sectores económicos, señalando en primer lugar las características comunes a todos ellos y se resaltan aquellas que los distingue y diferencia tanto por regiones como por grupo étnico. Como veremos enseguida, las actividades del sector primario son las más relevantes para los indígenas, pues más del 60% de la población económicamente activa se ocupa en este sector.

A nivel municipal tenemos que los municipios de Ayutla (Costa Chica), Metlatónoc, Tlacoapa, Zapotitlán Tablas, Malinaltepec, Acatepec (Montaña) y San Luis Acatlán (Costa Chica) rebasan el 75% de individuos ocupados en labores agropecuarias y forestales; incluso los dos últimos superan el 80%; destaca en el sector secundario el municipio de Olinalá (Montaña) con el 64.3%, seguido por los municipios de Copalillo, Mártir de Cuilapan y Zitlala (Centro) con un porcentaje cercano en este sector al 50%, lo que indica la fuerte presencia de personas dedicadas a la manufactura de artesanías en estos municipios, tales como lacas, hamacas y cinta de palma.

Agricultura indígena

Gran parte del territorio del estado de Guerrero se encuentra montado sobre la Sierra Madre del Sur, ello determina que el 77.32% de su superficie esté clasificada como no apta para la agricultura, que el 7.93% sea considerada para un trabajo manual estacional y que sólo el 7.32% de la tierra, la que se encuentra en las llanuras costeras, sea apta para ser usada con una mecanización continua o estacional, o bien mecanizada

estacional o manual continua. Es importante resaltar que es en la superficie señalada, en primer lugar, en donde sobrevive la población indígena.

Los diversos ambientes de las regiones donde viven los indígenas se reflejan también en la diversidad de prácticas productivas que aplican. Su principal actividad productiva sigue siendo la agricultura temporalera y en ella la rotación de cultivos es muy rara, sobre todo en los últimos años. Los cultivos más importantes son maíz, frijol, calabaza y chile, generalmente asociados en policultivos. Una de las características de esta agricultura es su carácter deficitario, el cual se agudiza durante los años de malo temporal.

El tlacolol es el sistema agrícola que predomina entre la población indígena, se efectúa sobre las laderas de los cerros que previamente han sido desmontados con instrumentos cuyo origen se remonta a la época prehispánica, como la coa por ejemplo. Para preparar el terreno se sigue el procedimiento de “roza, tumba y quema”, se realiza durante un periodo máximo de tres años y en éste los rendimientos alcanzan sus más bajos niveles, este sistema hace que cada vez se requiera utilizar nuevas tierras de laderas o cerros, lo que provoca una fuerte erosión del suelo, que explica que las cosechas cada vez presenten una constante disminución. Otro gran problema que presenta el uso del tlacolol es que afecta considerablemente los recursos boscosos tanto con la roza y tumba, como con la quema, que generalmente se extiende a los bosques circundantes; los meses de abril y mayo, época en que se lleva a cabo, los montes, cerros y laderas se ven cubiertos de gruesas capas de humo, que las cada vez más lejanas y escasas lluvias se encargan de disipar. Este sistema agrícola se desarrolla tanto en la región de La Montaña como en las regiones Centro, Costa Chica y la subregión del Alto Balsas.

Además del tlacolol, en algunos pueblos indígenas encontramos sistemas distintos, pues se utiliza la yunta y, en algunos casos, el tractor, aunque los productores que recurren a estos medios son los menos.

El maíz es el principal cultivo y la base del sustento de las familias indígenas, se asocia generalmente con el frijol y la calabaza. Su importancia se refleja por la superficie sembrada, la cosechada y el volumen de la producción obtenida. Sin embargo, cabe señalar las disparidades intra e interregionales, por ejemplo, en algunas microregiones de La Montaña el rendimiento del maíz es de apenas 500 kilogramos/hectárea y en otras, como en la Cañada, alcanza hasta las dos toneladas/hectárea. Estos contrastes no son exclusivos de La Montaña, pues en las otras regiones

indígenas también se presenta este fenómeno.

En relación a la producción del maíz, es importante mencionar dos aspectos que le son característicos a los pueblos indígenas de Guerrero: primero, esta actividad rara vez se realiza con fines de lucro, es decir, básicamente siembran maíz para el autoconsumo; desgraciadamente, una buena cosecha depende de diversos factores que van desde un buen temporal hasta llegar a contar con el fertilizante y demás insumos de manera suficiente y oportuna. Segundo, como este grano se cultiva para garantizar su sobrevivencia, es muy escaso o nulo el descanso de sus tierras, lo que da como resultado cosechas cada vez más deficientes así como un gran desgaste de sus pocas tierras, motivo por el cual la cosecha alcanza sólo para unos cuantos meses del año y en el tiempo restante se ven obligados a comprar dicho grano a precios muy elevados.

En el resto de la superficie se cultiva arroz, café, chile, jícama, cacahuete, jamaica, jitomate, así como diversos frutales tanto tropicales —mamey, mango, plátano, papaya, cítricos y tamarindo— como templados, entre los que se encuentran manzana, durazno, membrillo y pera, entre otros.

En general, la agricultura que se practica en las regiones indígenas es de autoconsumo, la siembra es en parcelas pequeñas y con bajos rendimientos. Esta situación es el ejemplo más claro de las políticas públicas tendientes a reforzar al modelo de acumulación industrial prevaleciente; el abaratamiento de los productos básicos se ha vanalizado. Es decir, que la producción a bajos precios de los bienes salario, no constituye más un mecanismo de la reproducción ampliada del capital. En consecuencia, la forma de producción campesina ha dejado de formar parte de la reproducción del capital global. La reproducción de su forma productiva se desvinculó de la reproducción global del sistema y el campesinado apareció como un sector ineficiente que no tiene cabida en la nueva “modernización” a la que accedían los países latinoamericanos, especialmente México.

Actividad pecuaria

El desarrollo de la actividad pecuaria, debido a las condiciones de clima y topografía, en general, es mínima, aunque presenta distintas características según se trate de La Montaña, la Costa Chica, la región Centro o el Alto Balsas; se caracteriza por ser poco dinámica, ya que los fuertes declives del terreno han impedido el desarrollo del ganado mayor, por lo que se basa principalmente en la crianza de ovicaprinos, y no existen realmente zonas de franca especializa-

ción ganadera. La explotación es fundamentalmente de tipo familiar, de libre pastoreo, orientada en gran parte al autoconsumo y a la venta local.

Prevalece la ganadería extensiva, se carece de instalaciones adecuadas para el manejo del ganado, como corrales, cercos, abrevaderos, baños garrapaticidas, etcétera. En La Montaña se tiene el agravante de la escasez del agua; en cuanto a la alimentación del ganado, lo habitual es el libre pastoreo, aunque es relativamente abundante en época de lluvias, por lo que los animales logran cierta recuperación nutricional, aunque vuelve a perderse en la época de estiaje (enero-mayo), cuando la alimentación se basa en la utilización de esquilmos o rastrojos, ya que no existen prácticas inducidas y tampoco es usual la construcción de hornos forrajeros.

La cría de chivos es común en todas las regiones indígenas, aunque la explotación de ganado caprino es sobresaliente en La Montaña y la Costa Chica. Existen dos formas principales para el desarrollo de esta actividad: la cría de traspatio y la de pastoreo. La primera, con hatos pequeños, de no más de diez chivos, que funciona como una actividad complementaria de la estrategia económica campesina y sólo se venden entre dos y tres chivos al año. Hay que agregar, en la cría de traspatio, la de cerdos y aves, que se explotan en el ámbito familiar y semicomercial, con una alimentación trashumante, ya que está basada en desperdicios de cocina, esquilmos de granos, frutales y hortalizas, en muy pocos casos se complementa con alimentos balanceados. Esta actividad permite incorporar, en mayor grado que otras actividades, el trabajo de las mujeres, los niños y los ancianos a la economía de la unidad doméstica.

La actividad pecuaria, llamada de pastoreo, se realiza todo el año por grupos de pastores organizados, con hatos de 100 a 500 chivos; la producción se vende cada seis meses en las épocas de parición, que son junio/julio y diciembre/enero, sobre todo en Tlapa en la región de La Montaña y en San Luis Acatlán en la Costa Chica.

El mayor porcentaje de la producción de caprinos se destina a la venta en pie, mediante intermediarios o directamente en las ciudades de Tlapa, Chilpancingo, Taxco y Acapulco en el estado de Guerrero y en los estados de Morelos, Puebla y el Distrito Federal. Durante todo el año pueden producirse ventas, pero el número de operaciones crece en los meses de septiembre a diciembre. La venta casi siempre se realiza en “bulto” (a la vista) y no por kilo, como en el caso de los cerdos. Piaxtla, en el estado de Puebla, es el mercado regional más importante; existe además una gran red de intermediarios que

Regionalización económica

Valente Vázquez Solís*

La identificación de las regiones económicas en el territorio del estado de Guerrero obedece al interés por reconocer las principales contradicciones inherentes al desarrollo histórico-social de una entidad federativa que evidencia notables contrastes de orden socioeconómico, en la medida en que cuenta con abundantes recursos naturales y humanos aptos para su aprovechamiento, sin embargo, es uno de los estados que presenta el grado de marginación socioeconómica más elevada del país (Conapo, 2000) y de los Índices de Desarrollo Humano más bajos (*idem*), en relación con otros que disponen de condiciones geográficas menos favorables.

El impulso de algunos sectores económicos por parte del gobierno federal y estatal, como el turismo, la minería, la industria y las actividades agropecuarias en determinadas zonas de su territorio, y el rezago y abandono de otras, incrementa los desequilibrios socioeconómicos que se han acentuado en los últimos años. Estos rasgos que tipifican a la organización territorial de la economía de Guerrero se completan con la convergencia de intereses político-económicos internos y otros que trascienden la frontera nacional.

Procedimiento metodológico

Como vía de aprehensión cognoscitiva, la regionalización económica permite identificar aquellos espacios geográficos producto de la organización territorial de las actividades humanas, y que sintetizan la interacción entre la naturaleza, la sociedad y la economía a través de la región. Aunque existen innumerables definiciones de región, la que propuso en 1980 el geógrafo francés Pierre George, congrega los elementos y criterios que son propios de ella, a consideración de los especialistas en estudios regionales. Este autor la concibe como “un espacio preciso pero no inmutable, inscrito en un marco natural dado y que responde a tres características esenciales: los vínculos existentes entre sus habitantes, su organización en torno a un centro dotado de cierta autonomía y su integración funcional en una ‘economía global’”. Es el resultado del vínculo de factores activos y pasivos de distinto peso e intensidad “cuya dinámica propia se encuentra en el origen de los equilibrios internos y de la proyección espacial” (George, 1980: 44-45).

Para el presente trabajo, la regionalización económica tiene como soporte metodológico a la tipificación probabilística, cu-

yos procedimientos se han descrito ampliamente en los trabajos de planificación económica realizados en la antigua Unión Soviética durante el último cuarto del siglo xx (Privalovskaya, G. A., 1971 y 1982). Posteriormente, Propin y Thürmer (1986: 5) combinan el método anterior con el de la regionalización probabilística, con el que se obtuvieron las regiones económicas de la extinta República Democrática Alemana.

Este método, utilizado también en Cuba y cuyos resultados se observan en el Atlas Nacional de ese país (Propin, 1989), se empleó posteriormente para reconocer los desequilibrios regionales existentes en el ámbito económico del espacio geográfico mexicano, particularmente en el estado de Guerrero (Vázquez, 2000), el cual aplica por primera vez para el espacio geográfico nacional el método propuesto por los autores citados anteriormente, aunque con una ligera adaptación de los indicadores económicos propuestos para el estudio, con base en las características propias del lugar examinado y las dificultades que representó la disposición de los datos requeridos para realizar la investigación.

El desarrollo metodológico establece la correlación entre los actores naturales, sociales y económicos que intervienen en el territorio por medio de cinco indicadores. Los dos primeros muestran la presencia, concentración y distribución de la población en el territorio, y los tres siguientes el grado de intensificación de las actividades económicas, así como la dinámica de los enlaces entre los centros de producción y consumo. Las características esenciales de estas cualidades parciales se describen a continuación:

A. *Densidad de población* (hab/km²) (DP). Es una medida de concentración espacial que expresa la relación entre la cantidad de habitantes y la extensión territorial. Como componente fundamental de los elementos presentes en el espacio geográfico, la población indica los sitios preferenciales en donde el ser humano interacciona con el medio en forma más intensa. En este trabajo se incluyen los datos del Censo de Población del INEGI referidos a 1995.

B. *Grado de urbanización* (% de la población urbana del total) (GU). Se refiere a la relación entre la cantidad de población que habita en asentamientos urbanos y el total de las que residen en la unidad espacial de referencia, en este caso el municipio. Debido a su manifestación puntual, este indicador afina la generalidad propia de la densidad de población, porque muestra los centros principales en donde se evidencia la presencia humana y en donde ha desarrollado actividades económicas y de infraes-

* Coordinador de la Licenciatura en Geografía. Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades. Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

estructura. Estos criterios son la base para diferenciar los espacios que desempeñan una función preponderante en la economía regional. La selección de las localidades urbanas se apoyó en la clasificación de Luis Unikel (1978), quien utiliza el valor de 15 mil habitantes como límite inferior para distinguir a los asentamientos urbanos en México.

C. *Concentración territorial de la producción agrícola* (Valor de la producción/km²) (CA). Diferencia los lugares en donde se localiza la mayor productividad de la tierra, en la medida en que refleja el grado de tecnificación y dotación de infraestructura habilitada para la práctica de esta actividad en cada unidad de superficie. Por otro lado, muestra el rendimiento de los cultivos obtenidos por unidad de superficie en función de las condiciones naturales y de la inversión de capital (temporal o riego). Con el fin de equiparar el valor de la producción agrícola con el de los demás indicadores, este dato fue convertido a la cotización del dólar para 1998 (Vázquez, 2000: 56-59).

D. *Concentración territorial de la producción industrial* (valor de la producción/km²) (CI). Es el valor de la producción total de las ramas industriales entre la extensión territorial de la unidad convencional de análisis. Complementa la visión que ofrecen los indicadores anteriores al revelar los lugares preferenciales en donde los procesos de tecnificación para la generación de medios de producción material representan un rasgo distintivo, sintomático de desarrollo industrial. El valor obtenido en este indicador también fue convertido a la paridad peso-dólar en 1998 (*Idem*).

E. *Densidad vial-accesibilidad* (km/km²) (DV). Es la relación entre la longitud total de la red vial y la superficie municipal. La infraestructura de transporte, representada principalmente por las carreteras de distintas categorías y las vías de ferrocarril. Aunque esta última modalidad es prácticamente inexistente en Guerrero, la noción de conjunto representa la dimensión dinámica del intercambio económico, personas, mercancías y bienes. En este sentido, la creación de infraestructura es el elemento básico para la incorporación de nuevos espacios al escenario regional, así como su cohesión y funcionamiento (*Idem*).

La perspectiva espacial que ofrece el mapa en donde se representan los indicadores sintéticos permite identificar diferencias notables en el comportamiento de los indicadores examinados, en la medida en que algunos municipios como Acapulco de Juárez, Chilpancingo y José Azueta concentran una proporción significativa de la población del estado y poseen una intensidad económica elevada, y que contrastan notablemente con otros municipios ubicados en la Sierra Madre del Sur y en algunas zonas de la costa de la entidad, en donde predominan la población rural y dispersa, así como las actividades extractivas. Sin embargo, la regionalización económica involucra una ponderación de la asociación causal o casual de las unidades territoriales de referencia, en este caso los municipios, y permite analizar aquellos cuya interacción les otorga la categoría de región.

La división regional de la entidad

Para el año 2000, cuando se realizó la investigación, el estado de Guerrero estaba integrado por 76 municipios. Dos años después se creó el municipio de Marquelia, cuyo territorio pertenecía anteriormente al de Azoyú, que se localiza en la Costa Chica. Con base en las consideraciones anteriores se describirán brevemente las similitudes y contrastes que individualizan a los tres niveles de integración regional revelados por el método: diecinueve macrorregiones, siete mesorregiones y tres macrorregiones, definidas por sus niveles de homogeneidad o heterogeneidad (ver mapa 2).

Macrorregión Oriental

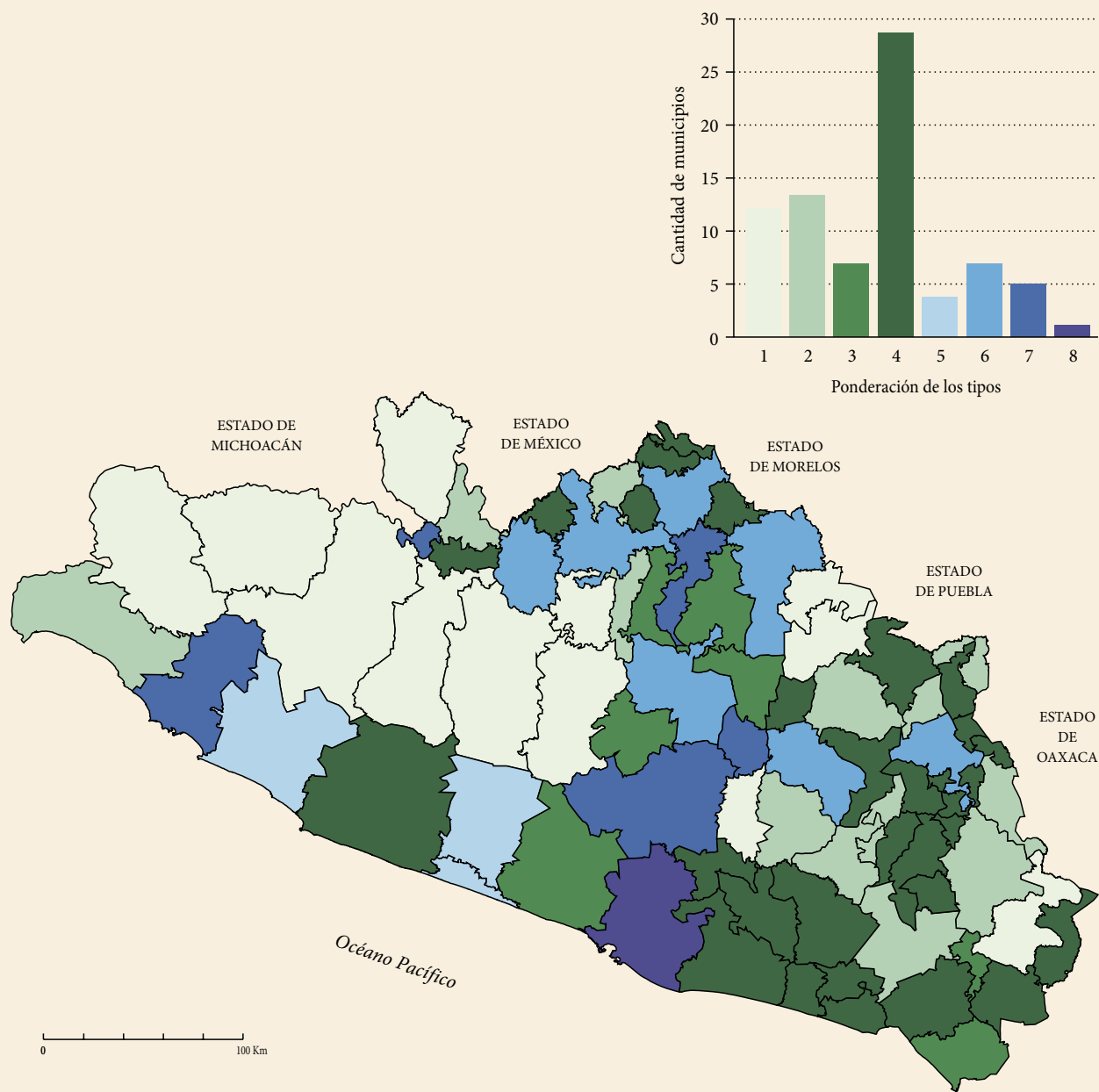
Limita al norte con el estado de Puebla y la porción oriental de la macrorregión Centro-Norte, al sur con el océano Pacífico, al oeste con la macrorregión Centro Norte y al este con Oaxaca.

El examen de los indicadores revela que en esta macrorregión se reconocen las contradicciones principales de la entidad, en donde la heterogeneidad de los municipios que la conforman se acentúa por la presencia de Acapulco, que es, por mucho, el que concentra de forma preponderante la actividad de algunos sectores económicos desarrollados en la entidad, particularmente el turismo, el comercio y otros servicios asociados, así como una incipiente actividad industrial. Por el contrario, las unidades territoriales que lo circundan reflejan una intensidad social económica media, entre los que se encuentran Juan R. Escudero y Tecoaapa.

Como centro económico-estratégico, desde la época colonial, Acapulco se distingue como uno de los espacios selectos de la economía, no sólo en el contexto del estado, sino que es, probablemente, el centro económico más dinámico de la porción costera del Pacífico mexicano, situación que incrementa aún más las disparidades respecto a la Costa Chica, y que son espacios en donde predominan las actividades extractivas como la ganadería y la agricultura comercial de cultivos tropicales, correspondientes a los municipios de San Marcos, Copala y Azoyú, centros microrregionales que se alternan con otros municipios menos incorporados a la dinámica económica de la entidad como Cuajinicuilapa y especialmente los que se localizan en La Montaña suroriental.

Hacia el interior de esta macrorregión sólo destaca Tlapa de Comonfort, el único municipio con una localidad urbana y cuyas características lo identifican como el centro regional de la zona; sus funciones de integración económica son débiles y se basan esencialmente en el desarrollo de comercio y los servicios que abastecen a la zona más atrasada de la entidad en el ámbito socioeconómico, lo que le asigna una heterogeneidad importante en relación con los municipios vecinos, en donde se ubican algunas unidades territoriales con el Índice de Desarrollo Humano.

Mapa 1. Guerrero: tipificación de los indicadores económicos y sociales seleccionados que intervienen en el territorio.



Clasificación de los municipios según ponderación cuantitativa

Tipo	Indicador				
	DP	GU	CA	CI	DV
1	< 20	0	(1,...,5)	< 1	< 10
2	20-40	0	< 1	< 1	(< 10,...,15)
3	20-40	0	(1,...,10)	(< 1,...,10)	(10,...,30)
4	40-100	0	(< 1,...,5)	(< 1,...,10)	(10,...,> 30)
5	(20,...,100)	(0,...,60)	(10,...,20)	(1,...,35)	(<10,...,20)
6	(20,...,400)	(20,...,60)	< 1	(1,...,35)	(20,...,<30)
7	(40,...,400)	(35,...,85)	(1,...,10)	(1,...,100)	10 - 15
8	> 400	85	< 1	> 100	20 - 30

Fuente: Vázquez, 2000: 74

no más bajo y el grado de marginación socioeconómica más alta del país, tal es el caso de Tlacoachistlahuaca y Metlatónoc, este último considerado el municipio más pobre de México durante 2005. Por añadidura, en esta zona habita un volumen importante de población indígena, como los mixtecos, los amuzgos y los nahuas, y en la costa predominan los negros y mestizos, producto de distintas combinaciones de grupos indígenas.

En esta región, las condiciones del relieve abrupto propias de La Montaña de Guerrero, han dificultado históricamente su acceso e integración a la vida económica suprarregional, y la economía se tipifica con el predominio de la agricultura de subsistencia, principalmente de cultivos tradicionales como el maíz y frijol, complementada por la práctica de la ganadería doméstica y la extracción forestal. Sólo en Zitlala, Olinalá y Tlalixtaquilla existe una diversificación económica de mediana magnitud y, aunque estos municipios carecen de población urbana, fueron valorados como centros microrregionales complementarios de Tlapa por el comportamiento que muestran sus indicadores.

Macrorregión Centro-Norte

Sus límites se extienden, al norte, hacia los estados de México, Morelos y Puebla; al sur, colinda con las macrorregiones Occidental y Oriental; al oeste con la macrorregión Occidental y, al este, con la macrorregión Oriental.

En ella se identifican los principales centros con funciones económicas, políticas y administrativas que le dieron auge a la entidad desde la época colonial como Chilpancingo de Los Bravos, la capital estatal, Iguala y Taxco de Alarcón, este último un centro estratégico de producción de polimetálicos, especialmente de plata. Actualmente, su elevada y diversificada integración económica que incluye a la industria, el comercio y los servicios, se extiende a otros municipios aledaños que, por ubicarse en la ruta comercial que enlazaba al centro del poder político de la Nueva España con el puerto de Acapulco, fueron integrados paulatinamente a una dinámica económica de mayor envergadura, situación en la que se distingue Eduardo Neri. También sobresale Tuxtla, un municipio cuya cabecera es una localidad intermedia de orden regional, debido a las intensas relaciones comerciales establecidas entre Chilpancingo y Tlapa.

En la región de la Tierra Caliente Nororiental, Arcelia y Telloapan fungen como los centros de comercio intrarregional; cuentan con una industria incipiente y artesanal de manufacturas, y al ser municipios de poca extensión territorial, reportan una proporción poblacional relativamente elevada, aunque su posición geográfica favorece la extensión de sus nexos económicos hacia regiones de México y Michoacán. Asimismo, su localización en la cuenca del río Balsas le otorga un clima cálido y humedad abundante, lo que posibilita la práctica de la agricultura comercial intensiva, particularmente de frutas tropicales. Si bien los contrastes internos de esta macrorregión son aún no-

tables, los niveles de heterogeneidad entre los municipios que integran las unidades regionales menores son menos evidentes si se comparan con lo que ocurre en las conformadas por Acapulco y Tlapa.

En particular, esta unidad regional reúne la mayor parte de las localidades urbanas de Guerrero, y están distribuidas en el sentido norte-sur, desde Taxco hasta el puerto de Acapulco, la principal, la frontera marítima y enlace con el exterior en el contexto de la entidad. Las propiedades de los indicadores pertenecientes a estos municipios aportan los primeros indicios para reconocer los ejes nodales principales que articulan la economía estatal y que fueron revelados en otra etapa de la investigación original.

En particular, existen algunos municipios excepcionales por las relaciones atípicas que generan y cuyo comportamiento excepcional los ubican en condiciones aparentes fuera de lógica, por lo que se catalogan como unidades territoriales casuales, y su presencia se interpreta como aleatoria. En este caso se identifica Mochitlán, que limita con dos unidades de referencia tipificadas por un desarrollo socioeconómico elevado, que corresponden a la microrregión de Chilpancingo-Tixtla de Guerrero. Con esta cualidad, se distingue como el conjunto microrregional con mayor grado de heterogeneidad de todo el estado.

Macrorregión Occidental

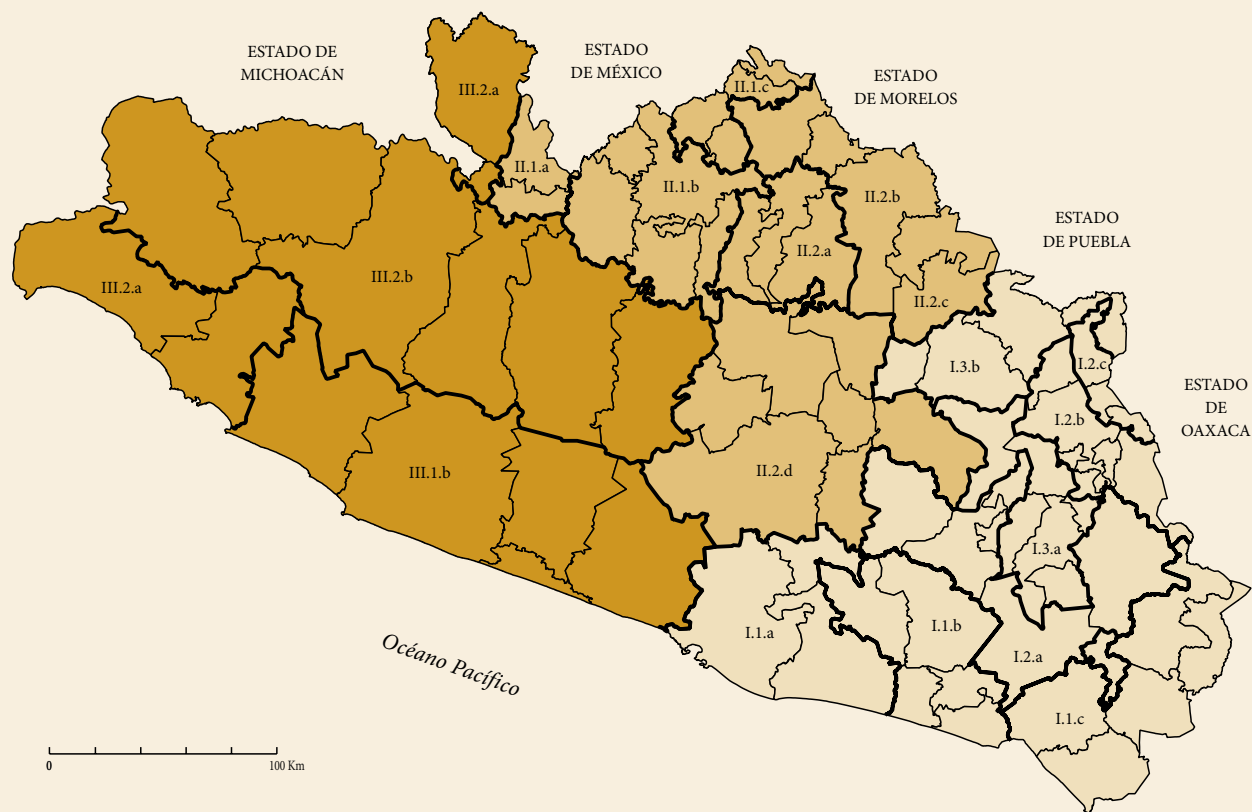
Limita al norte con la macrorregión Centro-Norte y Michoacán de Ocampo, al sur con el océano Pacífico, al occidente con Michoacán de Ocampo y al oriente con las mesorregiones Centro-Norte y Oriental.

Aunque esta unidad regional está integrada sólo por 15 municipios, comprende los de mayor extensión territorial, menos habitados y con una población dispersa. Surcada por la Sierra Madre del Sur de oriente a poniente, sus características geográficas se asemejan a las de la macrorregión Oriental, en donde la dificultad para integrar territorios poco incorporados a la dinámica socioeconómica y la permanencia histórica al margen de la dinámica económica estatal se expresan en la concentración principal de municipios homogéneos con escasa o nula asimilación económica; de ellos, sólo Coyuca de Catalán vincula, aunque en lo mínimo, los espacios circundantes.

Al norte, destaca Ciudad Altamirano, centro regional y único asentamiento urbano de la mesorregión Tierra Caliente-Sierra Madre del Sur. Posee rasgos similares a los de las otras localidades de esta zona geográfica, pero que pertenecen a la región Centro-Norte, además, las actividades comerciales son muy importantes. En la zona circundante predomina la agricultura comercial con infraestructura de riego orientada a la producción de frutas, maíz y forrajes, materia prima cuya venta se dirige al mercado nacional e internacional.

Finalmente, aunque la Costa Grande tiene similitudes importantes con otras zonas del litoral guerrerense, su integración econó-

Mapa 2. Regionalización económica del estado.



Macrorregión	Mesorregión	Microrregión	Tipo de región		
			Homogénea	Ligeramente heterogénea	Muy heterogénea
I. Oriental	1. Costa Chica	a. Acapulco			•
		b. Ayutla-Tecoanapa	•		
		c. Ometepec		•	
	2. Montaña Sur-oriental	a. San Luis Acatlán	•		
		b. Tlapa			•
	3. Montaña Centro-Norte	a. Malinaltepec-Atlixnac	•		
		b. Zitla-Olinalá		•	
		c. Huamuxtitlán-Tlalixtaquilla	•		
	II. Centro-Norte	1. Tierra Caliente Nororiental	a. Tlalchapa-Tlapehuala		•
b. Arcelia-Teloloapan					•
c. Pilcaya-Tetipac				•	
2. Valles Centrales		a. Iguala			•
		b. Taxco-Huitzuco		•	
		c. Atenango-Copalillo	•		
		d. Chilpancingo-Tixtla de Guerrero			•
		III. Occidental	1. Costa Grande	a. Ixtapa Zihuatanejo-La Unión	
b. Petatlán-Atoyac de Álvarez				•	
2. Tierra Caliente-Sierra Madre del Sur	a. Altamirano				•
	b. Coyuca de Catalán-San Miguel Totolapan		•		

Fuente: Vázquez, 2000: 83

mica y los rasgos culturales que la distinguen difieren sensiblemente de los de la Costa Chica. En aquella destaca Ixtapa-Zihuatanejo, el único centro turístico integralmente planeado que la Secretaría de Turismo creó en los años setenta del siglo xx; se localiza en el municipio de José Azueta y fue concebido con el fin de complementar la economía del estado de Guerrero, reducir la intensidad de los flujos migratorios promovidos hacia Acapulco y diversificar las actividades económicas en una de las zonas más pobres del estado en aquella época. Esta localidad complementa la dinámica regional con la de otros espacios productivos de similar relevancia, como los municipios de Petatlán, Atoyac de Álvarez, Benito Juárez, Tecpan de Galeana y Coyuca de Benítez, en donde destaca la zona de producción agrícola más importante del estado, con altos rendimientos por unidad de superficie y dotada de infraestructura de riego para el cultivo de coco, tamarindo, cítricos, hortalizas, mango y plátano; esta actividad se asocia con el uso intensivo y el cambio en el uso del potencial natural del suelo, en donde también se han introducido pastizales para el desarrollo de la ganadería comercial

y especulativa. Su integración tradicional y natural con la costa de otras regiones del litoral Pacífico ha favorecido su inserción económica debido también a la presencia de una infraestructura de comunicaciones y transportes a largo de la costa del estado.

La regionalización económica es una base cognoscitiva fundamental aplicable en la evaluación y la génesis de políticas y planes de desarrollo económico porque en las regiones económicas se reconoce la categoría suprema de organización espacial de la sociedad. Asimismo, en la investigación que dio origen a este trabajo, es el instrumento que permitió revelar las diferencias estructurales de la economía polarizada que tipifica al estado de Guerrero, a través de la concentración territorial de las actividades productivas y empleó para identificar la orientación sectorial de la población ocupada en la entidad. Con las bases teórico-metodológicas aplicadas, se proponen vías de aprehensión cognoscitiva para la mejor interpretación de aspectos económicos y de las brechas sociales, situación que abre un amplio panorama para este tipo de estudios en el contexto nacional. ■

incluso llegan a comprar el ganado hasta los pueblos, sin embargo, muchas veces la comercialización suele ser desventajosa para los indígenas, cuando orillados por necesidades económicas se ven obligados a malbaratarlos.

Es necesario resaltar que la actividad “chivera” debe verse como parte integrante de la unidad campesina de producción, entendida como unidad familiar que para su permanencia y reproducción hace uso de sus capacidades de fuerza de trabajo y conocimientos del proceso productivo aplicado a dos factores: la tierra y el animal, que a su vez incluye diferencias en los potenciales de productividad biológica natural (Obregón Téllez, 1991: 243). De igual modo, resalte-mos que la actividad “chivera” posee un componente cultural muy importante, pues las relaciones que establecen los actores de esta actividad forman una red. Intervienen el propietario del ganado, el propietario de los pastos, el pastor, el intermediario y el consumidor. Todos ellos integran una “red cultural” en la que cada una de las partes hace uso de sus tradiciones de manera consciente e inconsciente, adecuándolas al proceso de valorización del capital.

La expresión cultural de esta actividad económica se plasma y se representa en distintos niveles del quehacer diario de los pueblos, así como en la existencia de un vocabulario en términos ganaderos para las distintas fases del trabajo chivero; en el uso de los subproductos caprinos, representados en las actividades artesanales y en su misma cocina, así como también en la participación de este tipo de ganado en las ceremonias y rituales de las sociedades

campesino-indígenas. Asimismo, existe una amplia variedad de relatos, cuentos y algunas danzas que semejan al ganado cabrío, como algunos corridos musicales que narran la importancia de esta actividad y la particularidad regional que adquiere.

Vale la pena destacar que las actividades económicas de los campesinos-ganaderos de las regiones indígenas van acompañadas de diversas celebraciones y rituales que tienen que ver con el ciclo agrícola y la vida de los habitantes. Entre éstas están los rituales agrícolas de petición de lluvias dirigidos a diferentes divinidades y/o sus santos patrones. De manera simbólica, en estas celebraciones o festividades, el ganado cabrío se encuentra presente ya sea en una danza, como en Zitlala, población nahua de la región Centro, o en el sacrificio de una cabra para la obtención de buenas cosechas, como en Petlacala, en el municipio de Tlapa, región de La Montaña. Así pues, la actividad del pastoreo de caprinos y la identidad emanada de ésta se encuentra registrada a lo largo de la vida cotidiana de los pueblos indígenas, sobre todo de La Montaña, lo que muestra la importancia de las labores extraeconómicas. Muchos de estos rasgos están incluidos en la memoria colectiva a través de relatos, leyendas, canciones y la experiencia propia de los pastores y todos los que tienen que ver directa e indirectamente con la cría y domesticación de los cabríos (*Ibid.*: 288-289).

Por otra parte, la apicultura, que tiene su época bien marcada durante todo el año, cuando la floración es abundante y se logran ciertos excedentes, que pueden ser aprovechados para su venta o para

el autoconsumo, no se explota adecuadamente, pues se desaprovechan las cualidades nectaríferas y de producción de polen que en La Montaña y la Costa Chica son excelentes.

Cabe aclarar que en La Montaña baja, en particular en el municipio de Chilapa, esta actividad representa una clara alternativa de subsistencia para muchas comunidades adscritas a él. La calidad de esta producción es particular por su pureza, color y por el tipo de floración que se diferencia claramente de la miel de La Montaña alta y la Costa. Sin embargo, dicha producción aún es mínima por el poco apoyo gubernamental que ha recibido y porque los productores, sobre todo indígenas, aún están en el proceso de aprendizaje de la técnica y manejo de la actividad, pero creemos que ésta tiene grandes potencialidades en la región y puede llegar a ser una clara competencia para las otras regiones productoras.

Pesca y piscicultura

Aunque la pesca entre los pueblos indios se remonta a épocas anteriores a la Conquista, las formas de captura han sido inapropiadas y nocivas para las poblaciones de peces. Los pueblos que habitan cerca de los ríos de la cuenca del Tlapaneco, para el caso de La Montaña, pescan aisladamente para el consumo familiar, bagre, mojarra, plateadita y robalito. La pesca en el Balsas es ribereña y lacustre en pequeña escala, se realiza en la presa Valerio Trujano, en la laguna de Tuxpan y en los bordos para abrevadero, estanques y corrientes de arroyos. Aun cuando la pesca en las regiones indígenas no tiene fines económicos, sí constituye un importante complemento nutricional para estas familias.

La piscicultura se introdujo en La Montaña en los años setenta, promovida en primera instancia por el IMSS-COPLAMAR, como alternativa de producción. Posteriormente, el Instituto Nacional Indigenista, la Secretaría de Desarrollo Rural y la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, entre otras dependencias, trataron de impulsar esta actividad; también el Programa de Aprovechamiento Integral de los Recursos Naturales de la UNAM promovió esta iniciativa. Se trata de pequeños estanques rústicos de tamaño variable que van desde los 20 m² hasta cerca de los 150 m², aunque las más representativas están entre los 50 y 60 m², con serias deficiencias en la construcción y diseño de la infraestructura, poca asistencia técnica, falta de abasto constante de crías, selección inadecuada de especies, deficiente alimentación, escasa cantidad de agua, y está orientada a los

productores sin una clara estrategia de financiamiento. El resultado final fue su inoperancia, pues actualmente funciona menos del 20%.

En la ciudad de Tlapa se encuentra un centro productor de alevines, el cual se encarga de fomentar la piscicultura en la región, además de suministrar anualmente alrededor de 500 mil crías de peces como mojarra y carpa, mismas que se introducen en los estanques y bordos.

Explotación forestal

En las regiones indígenas, y especialmente en La Montaña y la Costa Chica, donde habitan *našavis* y *me'phaas*, la extracción forestal se presenta en tres formas: la recolección de plantas útiles, la extracción de leña y la explotación comercial maderable a través de empresas concesionarias. Los municipios que cuentan con recursos forestales son Acatepec, Cochoapa el Grande, Malinaltepec, Metlatónoc y San Luis Acatlán.

De acuerdo con el inventario forestal, en la región de La Montaña tienen vocación silvícola 46 ejidos y comunidades agrarias, a nivel municipal destaca Metlatónoc (aquí se incluye al municipio de Cochoapa el Grande, de reciente creación) como el municipio con mayor potencial boscoso. De sus ejidos y comunidades sobresalen Zitlaltepec y Yucunduta. Sin embargo, debido a diversos problemas de organización y a conflictos internos, son muy pocos los que tienen las condiciones para su aprovechamiento. Sólo tres ejidos tienen autorización para extraer un volumen de 60 066 metros cúbicos de rollo anuales, lo que representó el 7.45% del total estatal en el 2003 (INEGI, *Anuario estadístico*, 2004: 572). A excepción de Cochoapa el Grande, que cuenta con aserradero, pero continuamente en desuso por conflictos internos, la tecnología utilizada en la extracción por parte de los comuneros y ejidatarios del bosque es rudimentaria. La mayoría comercializa la madera libre a empresarios locales que tienen sus industrias de aserrío localizadas en Tlapa, lo que desde hace años ha generado una constante transferencia de valor de la economía campesina a empresas madereras.

La mayor parte de las comunidades no participa en la producción forestal, la apropiación del proceso es incipiente en algunas, mientras que en otras, prácticamente no existe. Aunado a esto, la desorganización interna y la división provocada por los talamontes, así como la falta de financiamiento determinan que la gran mayoría de las comunidades que aprovechan sus bosques lo hagan en condiciones de rentismo.

En el caso de la Costa Chica, y concretamente en el municipio de San Luis Acatlán, en el lapso aludido arriba, dos de sus ejidos extrajeron 10 123.4 metros cúbicos de rollo, e igualmente, en los predios forestales bajo aprovechamiento, la producción se llevó a cabo en condiciones de rentismo. En ninguna de estas dos regiones la gente tiene una visión del aprovechamiento forestal como el de un recurso renovable, se habla en cambio de “vender el monte” para cubrir alguna necesidad importante, no de aprovechar los recursos forestales como fuente permanente de ingresos en el marco de las estrategias de reproducción de las familias. A lo más, las ganancias del bosque se invierten generalmente en obra social: infraestructura de servicios básicos, caminos, instalaciones deportivas, edificios comunales (iglesia, comisaría, aulas, etcétera) o en la realización de actividades o eventos sociales.

Es importante mencionar que la propiedad de los bosques, en La Montaña sobre todo, ha ocasionado conflictos que con frecuencia desembocan en enfrentamientos armados. La presencia de comuneros y ejidatarios en las zonas boscosas de interés comercial las ha convertido en áreas de conflicto. La titularidad de las áreas forestales ha permitido negociar su explotación, principalmente a compañías rapamontes privadas que provocan luchas internas y enfrentamientos entre los propios vecinos, lo que propicia la división de los ejidos y comunidades indígenas. Esta situación ha generado entre ellos la percepción de que las actividades que se basan en la apropiación particular de los recursos naturales, como la agricultura, la fruticultura y la ganadería, son opciones más convenientes que los aprovechamientos colectivos de los bosques.

Para el caso de La Montaña, y sobre todo para municipios como Acatepec, Cochoapa el Grande, Malinaltepec y Metlatónoc, la silvicultura es sin duda una de las actividades que tiene las mayores posibilidades de desarrollo, dado el potencial existente, siempre y cuando se incorporen planes de manejo sostenible y

se integren servicios técnicos adecuados acordes a las necesidades de las comunidades. En la actualidad, el proceso de extracción forestal de leña ocupa un importante lugar en la economía de los pueblos indígenas; se estima que más del 80% de las unidades familiares satisfacen sus necesidades de energía con este combustible. Además de la cocción de alimentos, la población utiliza leña para la elaboración de teja, utensilios de barro y cal, la iluminación y calefacción de las viviendas así como la elaboración de pan y para el baño de temascal.

Producción artesanal

Una de las opciones para la supervivencia muy importante de los pueblos indígenas de Guerrero es la producción artesanal dedicada al mercado. Esta actividad que no debe verse desvinculada del trabajo agrícola, pues una gran parte de los campesinos complementan su sustento con el ingreso obtenido del trabajo artesanal, es decir, su orientación doméstica, a pesar de su carácter mercantil, contribuye a satisfacer las demandas de las economías familiares. A excepción de la producción de papel amate, las hamacas y las lacas, producidas por los nahuas del Alto Balsas, Copalillo y Temalacatzingo, respectivamente, y la manufactura de huipiles, manteles y servilletas tejidos por las amuzgas de Tlacoachistlahuaca y Xochistlahuaca, cuyo trabajo artesanal exitoso les genera ingresos importantes, el resto de la producción artesanal es complementaria de la insuficiente producción agrícola.

Sin duda, el tejido de la palma, y en especial la elaboración de sombreros, constituye para los pueblos y comunidades indígenas de las regiones Montaña y Centro, la principal fuente remuneradora, no obstante que los niveles de ingreso que obtienen los tejedores son sumamente bajos, pero útiles para adquirir los artículos de primera necesidad indispensables para su consumo vital.

Cuadro 1. Volumen de producción forestal maderable en municipios indígena según grupo de especies.

Municipios	Total ¹	Pino ¹	Oyamel ¹	Encino ¹	Tropicales ¹
Estado	149 627.7	137 640.2	5 043.5	4 244.0	2 700.0
Ayutla de los Libres	9 196.0	7 471.0	0.0	1 725.0	0.0
Malinaltepec	5 668.7	5 668.7	0.0	0.0	0.0
Quechultenango	840.5	840.5	0.0	0.0	0.0
San Luis Acatlán	5 061.7	3 735.7	0.0	1 326.0	0.0

Fuente: Elaborado con base en INEGI, *Anuario estadístico del estado de Guerrero*, 2005, p. 283.

¹ Metros cúbicos rollo.

El tejido del sombrero de palma está más extendido en la región de La Montaña, sobre todo entre nahuas y mixtecos, sin que esto quiera decir que los tlapanecos no participen de esta actividad. Asociado al trabajo agrícola, en época de siembras, los campesinos, sólo en sus momentos de “descanso” o cuando van de su casa a la parcela o cuando van de una localidad a otra se dedican al tejido de la palma; pero una vez levantada su cosecha y sobre todo cuando está a punto de terminarse su maíz, la confección de sombreros de palma se convierte en su actividad principal. Hay que tener presente que la pobreza de las tierras les permite obtener una producción que a lo sumo les alcanza para cuatro meses, de ahí la importancia que tiene esta actividad, pues con ella muchos campesinos indígenas subsisten el resto del año, y los que no, emigran a las grandes ciudades de la entidad a contratarse como peones o se contratan temporalmente en las grandes plantaciones de caña de azúcar en los estados de Veracruz y Morelos y principalmente en el corte de jitomate en Sinaloa; estos ingresos tampoco deben verse desvinculados de la actividad agrícola, pues la mayor parte de lo que obtienen lo ocupan para preparar su cosecha, en la compra de insumos y fertilizantes. Para sobrevivir, muchos, sobre todo los jóvenes, buscan alternativas en el vecino país del norte y Canadá.

Con la fibra palmera se elaboran también el petate y la cinta. En el caso del primero, es elaborado en comunidades de los municipios de Tlapa, Metlatónoc, Xochihuehuetlán, Ahuacuotzingo y Atlixac. El tejido del petate descansa sobre una organización del trabajo propiamente familiar, donde toda la familia participa, pero sobre todo las mujeres y los niños, ya que los adultos buscan realizar otro tipo de actividad. En la producción de cinta destacan las comunidades nahuas de los municipios de Atlixac, Chilapa y Zitlala. La producida por Atlixac, a diferencia de los otros dos municipios es más ancha y es adquirida por los sombrereros de Chilapa que la utilizan para ribetear sombreros, es decir, en coserla doblada en dos al borde del ala del sombrero. Entre los tlapanecos del municipio de Atlamajalcingo del Monte, en La Montaña, la palma también se utiliza para tejer asientos de sillas.

La compleja estructura productiva de la palma no es exclusiva de las regiones indígenas Centro y Montaña de Guerrero, pues considerando el inicio del proceso (obtención y distribución de la materia prima) así como el destino final (comercialización) ésta trasciende los límites regionales y estatales al abarcar los ámbitos nacional e internacional. La complejidad de esta estructura productiva nos permite conocer el

funcionamiento del capitalismo en zonas donde las formas de producción no capitalistas coexisten con él, son subordinadas y utilizadas de acuerdo con las necesidades de acumulación y reproducción del capital.

Los nahuas del Alto Balsas se han hecho famosos al plasmar su arte en el papel amate y convertirlo, en forma exitosa desde el punto de vista comercial, en ingresos que, además de hacerlos autosuficientes, les permite revitalizar su cultura y su vida comunitaria, pues lejos de crear diferenciaciones sociales en el seno de sus comunidades, los excedentes sirven para fortalecer las relaciones sociales y su vida ceremonial. Son, en ese sentido, un grupo indígena que ha logrado prosperar económicamente vigorizando su cultura (Good Eshelman, 1988).

El Alto Balsas es un área geográfica-cultural nahua, integrada por quince pueblos indígenas ubicados en la cuenca del río Balsas; ocho de estas comunidades participan del negocio del papel de amate pintado, y las otras siete han seguido estrategias económicas distintas.

Desde 1961, los de Ameyaltepec, al trasladar al papel amate los dibujos con que tradicionalmente decoraban la alfarería, descubrieron que atraía bastante en el mercado turístico y pronto la pintura en amate —rústico papel que consiguen en el pueblo de San Pablito Pahuatlán en el estado de Puebla— se extendió en varios pueblos vecinos de la cuenca, sobre todo Xalitla, San Juan Tetelcingo, San Agustín Oapan y Ahuehuepan. Con el tiempo, los dibujos con flores y pájaros que adornaban la cerámica fueron ampliándose a escenas que muestran la vida cotidiana, agrícola, ritual o festiva, pintadas con maestría y originalidad únicas. En esta labor se involucran todos los integrantes del grupo doméstico, incluidos los niños, ya sea al dibujar o aplicar los colores.

El éxito económico tiene que ver con el control sobre la comercialización de su trabajo, como vendedores ambulantes colocan su obra directamente en el mercado, evitando el acaparamiento por intermediarios, y logran así ingresos monetarios sustanciales. Además del papel amate, los nahuas del Alto Balsas continúan con la vieja tradición: cerámica de barro pintado en dibujos en vivos colores, joyería fabricada con piedras semipreciosas y máscaras de madera. La comunidad de Xalitla destaca en la producción artesanal, pues allí se decoran objetos de barro, tanto los que son elaborados y cocidos localmente como los que adquieren en la comunidad de Tulimán, municipio de Huitzuco. También en Xalitla se realizan trabajos de tallado de madera, sobre todo de animales. Llevar al mercado, principalmente a destinos turísticos o ferias, múltiples y atractivas

mercancías, les permite maximizar sus ganancias en cada viaje. Cabe agregar que la astucia mercantil que han desarrollado —hablar en castellano y relacionarse con personas de distintos estratos sociales— y las formas de organización para manejar el comercio como oficio, les fueron transmitidos culturalmente, pues históricamente los nahuas del Alto Balsas habían participado en otro comercio itinerante: la venta de sal de mar proveniente de la Costa Chica (*Ibid.*: 177-188).

La cabecera municipal de Copalillo se distingue en la artesanía, en virtud de que el 75% de su población se dedica de alguna manera a la elaboración de una gran variedad de hamacas, tanto en tipo como en colorido, lo que las ha hecho famosas en todo el país e incluso más allá de las fronteras nacionales.

Otras artesanías que confeccionan los nahuas de la región norte del estado de Guerrero son las máscaras, ángeles y figurillas de animales que, talladas en madera, elaboran en el poblado de San Francisco Ozomatlán, municipio de Huitzuco. La población dedicada a esta actividad alcanza entre el 70 y 80% del total, sin embargo, ello ha ocasionado un proceso severo de deforestación de las principales especies utilizadas como materia prima (zompantle, copal, guamúchil y cuaulote), lo que provoca que, en la actualidad, éstas se consigan en el estado de Puebla y en otros municipios a costos elevados.

Estos nahuas se han especializado en la producción de artesanías para el consumo turístico, con lo que a la par han desarrollado un tipo de migración especializada y localizada en los sitios turísticos del país; así, podemos encontrar, en cualquier playa nacional, nahuas del Alto Balsas vendiendo máscaras y papel de amate; nahuas de Tlamacazapa ofreciendo cestería en palma, y nahuas de Copalillo vendiendo hamacas.

De tradición centenaria son los trabajos de laca que realizan los habitantes de Temalacatzingo, municipio de Olinalá: figurillas de animales, jícaras, guajes, alhajeros y máscaras son elaborados con destreza por nahuas que heredaron una vieja tradición que antes abarcó un área que incluía a Ahuacuotzingo, Cualac y Chiepetlán. Aun cuando en la cabecera los mestizos aprendieron este arte, del que sobresale un trabajo mayor que incluye además de las famosísimas cajas, baúles, biombos y charolas, entre otros objetos de reconocida calidad artística, el caso de Temalacatzingo es muy interesante debido a la actitud que han asumido los artesanos: como parte del municipio de Olinalá; los nahuas de Temalacatzingo se han reagrupado para resolver sus problemas como artesanos pero, sobre todo, para reivindicar su identidad étnica frente a la

cabecera municipal que, como señalamos, es mestiza, esta actitud se ha convertido en un contrapeso político ante los mestizos de la cabecera de Olinalá.

Los nahuas de esta comunidad elaboran figurillas de animales de madera como guajolotes, tortugas y cuijas que mueven la cabeza, serpientes, búhos, águilas, aves, caballos de diferentes tamaños, así como jícaras adornadas de vivos colores que se usan como alhajeros. En Temalacatzingo, cada familia cuenta con su propio taller individual en el que los niños, ancianos, mujeres y hombres tienen claramente delimitada su actividad.

La producción artesanal es una de las actividades económicas importantes de los amuzgos. La principal manufactura artesanal se orienta a la fabricación de huipiles, elaborados en telar de cintura, antiguamente con hilo de algodón y hoy en día con hilo sintético. También se elaboran productos como carpetas, rebozos, manteles y servilletas.

A esta actividad se dedica casi el 100% de las mujeres amuzgas, la gran mayoría elabora las prendas para el consumo familiar, sin embargo, una parte significativa (se estima que el 30%) dedica al menos seis horas al día para la producción de prendas destinadas al mercado regional, estatal y nacional. La técnica tradicional que emplean, así como las obligaciones propias de la mujer amuzga, no favorecen la producción en grandes volúmenes, aunque, a nivel nacional, en varias ocasiones han sido premiadas por la belleza de sus huipiles y prendas, llenas de figuras geométricas, animales y flores muy coloridos. Recientemente se han llevado a cabo valiosos intentos de agrupación entre las indígenas para facilitar el financiamiento y la comercialización de sus productos textiles, así como para surtir pedidos más grandes. Sin embargo, la falta de mercado sigue siendo el problema principal.

Se ha señalado como distintivo de Guerrero el traje de acateca, su colorido y elegancia no son para menos. Esta prenda y otras más, como huipiles, rebozos, blusas y manteles son elaboradas en la comunidad nahua de Acatlán, municipio de Chilapa. Esta producción artesanal de prendas de vestir en telar de cintura y bordados a mano, constituyen una importante actividad económica para el pueblo de Acatlán. Se divide por lo general en tres fases: a) los que elaboran en telar de cintura las telas para la falda de acateca y tiñen los hilos para bordados; b) los que dibujan y diseñan, y c) los que sólo bordan, mujeres en su mayoría. Algunos hombres combinan esta actividad con sus labores cotidianas (Díaz Vázquez, 2004: 44). El principal destino comercial del traje de acateca es Zitlala, vecino pueblo nahua, ya que está en desuso entre las mujeres de Acatlán. Para comercializar las

demás prendas se aprovechan las ferias regionales, sobre todo de la región Centro. Muchos acatecos que han mudado su residencia, aprovechan las fiestas del pueblo para comprar los bordados y revenderlos en las ciudades, sobre todo en la Ciudad de México.

Existen por supuesto otras artesanías como la alfarería y la cerámica que ayudan a complementar el sustento familiar —o por lo menos el gasto en los utensilios de uso diario como comales, ollas, molcajetes, cántaros— en las regiones indígenas, por ejemplo entre los nahuas de Zacualpan del municipio de Tlapa, del Cuahulote y Chiaucingo de Cualac y Comitlipa y Xihuitlipa del municipio de Xochihuehuetlán; también las comunidades *me'phaas* Huitzapula y Tenamazapa de los municipios de Atlixac y Tlacoapa participan de esta actividad. *Našavis* de los municipios de Alcozauca, Atlamajalcingo del Monte y de Metlatónoc igualmente realizan este tipo de trabajo. Hay que señalar sin embargo, que la mala calidad del barro y el trabajo muy rudimentario que aplican a sus productos, hacen que su destino sea por lo general el uso doméstico y a lo sumo el trueque. En el municipio de Metlatónoc, realizan el trabajo de jarriería y cordelería, *našavis*, pues manufacturan reatas, cordeles y redes con tiras de “yacua”. Los nahuas de Tlaquilzinapa, del municipio de Tlapa, producen reatillas de ixtle de excelente calidad, así como morrales, gamarras y barzones para uncir bueyes. Los hilados y tejidos de algodón, aunque están casi en desuso por la introducción de la manta de fábrica, aún se conservan en algunas comunidades de Metlatónoc, Cochoapa el Grande y Zapotiltlán Tablas. De la misma manera, aún se realiza el hilado y tejido de lana entre los *me'phaas* de Malinaltepec, Tlacoapa y Acatépec. Ya es muy difícil encontrar estos productos en los mercados, empero, se pueden encargar en las comunidades cuando alguien las visita.

También se fabrican artesanías o utensilios de uso cotidiano o ritual de las materias primas provenientes del chivo. Los trabajos van combinados con madera, metal u otro tipo de cuero: morrales, huarachas, bolsas, máscaras y otros adornos en la fustería. También se emplean partes del cabrío en la fabricación de instrumentos musicales, como es el caso del tamborcito que acompaña a la flauta en la danza de los tlacoleros o en la tambora de las bandas de música. Existen trabajos combinados con cuernos de chivo y madera para la elaboración de máscaras para la danza y de ornato. Las primeras se fabrican de acuerdo con la cara del danzante; las máscaras de ornato aluden a seres y animales imaginarios o diablos. También los cuernos del cabrío se utilizan en los ritos de madera para ciertas danzas regionales.

Remesas en el Alto Balsas. Balance crítico

*Martha García Ortega**

Como resultado de más de medio siglo de experiencias migratorias por distintas rutas de México y Estados Unidos, las comunidades de la región nahua del Alto Balsas han reconfigurado su orden social a través de una dinámica de cambio que es valorada por los actores sociales como positiva, ya que en las últimas décadas “los pueblos han progresado”. En efecto, articulado a varios procesos económicos, políticos y socioculturales globales en un marco de integración histórica, este pueblo nahua hace visibles sus transformaciones en el paisaje de un etnoterritorio fragmentado por siete municipios (Atenango del Río, Copalillo, Eduardo Neri, Huitzuco de los Figueroa, Mártir de Cuilapan, Tepecoacuilco de Trujano y Zitlala), cuyos habitantes se encuentran dispersos en dos entidades nacionales.

Esta región, ubicada en el centro-norte de Guerrero, se caracteriza por el abandono de la producción agrícola, la fluctuación de la producción y comercio artesanal, y por la alta diversificación laboral que ha desplazado las habilidades artísticas tradicionales por nuevas capacidades para el sector servicios, industria maquiladora y agroindustria nacional y transnacional. A partir de esas condiciones, gran parte de su población económicamente activa se desempeña en ocupaciones extraagrícolas, lo que alude de entrada a la migración como un medio de acceder al trabajo asalariado translocal. La aportación de fuerza laboral de hombres y mujeres a distintos sectores económicos, dentro y fuera del territorio nacional, ha promovido el crecimiento de las tasas de emigración con trayectorias de movilidad asociadas al acceso educativo y al activismo político y cultural intra y transnacional.

Estos intensos desplazamientos geográficos han creado un complejo migratorio regional que da cuenta de la intrincada conexión de las comunidades nahuas con las principales tendencias de la expansión del capital de mediados del siglo xx, y otras que inauguran el tercer milenio: los proyectos de industrialización y turísticos nacionales, el desarrollo de las poderosas agroindustrias del corredor Pacífico y centro de México y, allende la frontera norte, con la reconversión económica estadounidense, la formación y crecimiento de sus “ciudades globales” y la expansión del sector servicios (Sassen, 2001). Todos estos espacios económicos han atraído a trabajadores y trabajadoras nahuas por tres generaciones. En la actualidad, su abanico ocupacional se despliega a lo largo de cien puntos migratorios en México (capitales y centros turísticos) y Estados Unidos (en dieciocho estados, con alta concentración en Los Ángeles y Houston).

Diferentes cursos migratorios en la región incorporados a la cultura de movilidad nahua han repercutido de manera sustantiva en el sistema tradicional de intercambio y reciprocidad familiar y comunitaria, cuyos arreglos se han visto alterados por la creciente monetarización de sus relaciones de solidaridad. Esto ha sido posible gracias a la flexibilidad de sus instituciones, respuesta o reflejo del fortalecimiento de su capacidad comunitaria para buscar opciones dentro de su lógica social, según algunas experien-

* Antropóloga social, Colegio de la Frontera Sur, Chetumal, QR

cias políticas y económicas en el último medio siglo (Celestino, 1997; Hémond, 2003 y García, 2002).

Intercambios y contribuciones a varias escalas relacionados con su apertura al mundo han permitido a estas comunidades cincelar su propio rostro a través de la modificación y readaptación simbólica y material de sus condiciones de existencia. Al resultado de estas fuerzas transformadoras se le ha llamado “reconfiguración étnica” (Bartolomé, 2006).

De esta forma, los intensos desplazamientos de población significan más que el traslado de mano de obra, ya que en las últimas décadas han propiciado una gran vitalidad a su sociedad a pesar de ubicarse dentro del mapa nacional de pobreza. Un factor dinamizador regional ha sido la diversificación de la economía rural beneficiada por los ingresos derivados de su inserción laboral en los niveles nacionales e internacionales, recursos que se dan en pesos y en dólares con una relevancia que trasciende la mera dimensión económica.

Estas remesas se combinan con los recursos generados en los lugares de origen a través de un erosionado sistema agrícola y artesanal, y otro, muy activo y en ascenso, de servicios (trabajo doméstico, venta de alimentos, pequeñas empresas de construcción, artesanal, costura, herrería, panaderías, comercio en general, telefonía e Internet, y de transporte, así como los derivados de los ámbitos doméstico y comunitario). En torno a la potencialidad de la interrelación económica regional destacan los circuitos productivos artesanales y de comercio, rituales (familiares y colectivos) y de servicios financieros (particulares, cajas solidarias y de microcrédito).

Dinámica regional

Trabajo doméstico y comunitario, bienes y servicios

Los ingresos extraagrícolas y translocales (migradólares y migrapesos) resultan ser dispositivos de la reproducción e innovación cultural y económica en toda la región nahua, donde la creciente monetarización de la economía indígena ha traído fuertes repercusiones al ámbito laboral doméstico y comunitario. En apariencia, esto revela una aparente paradoja dentro de los procesos de migración: la salida de personas en edad productiva por falta de fuentes remuneradas deja desprotegidos los sitios tradicionales del trabajo doméstico y comunitario creando un vacío laboral que debe ser cubierto en cualquier medida, atrayendo mano de obra intrarregional para atender las labores cotidianas de hogares, parcelas y comunidad.

Desde esta perspectiva, se resalta el protagonismo de la población “no migrante”, sobre todo de las mujeres, por encima de la desvaloración externa acerca de las capacidades propias para recrear la comunidad adecuando sus formas de organización y supervivencia con recursos propios y foráneos. Tal consideración permite desmontar la imagen creada acerca de los lugares

de alta migración como “pueblos fantasmas habitados sólo por mujeres, ancianos y niños” que sólo viven de las remesas. Nada más alejado de la realidad del Alto Balsas.

Dentro de las dimensiones domésticas se debe resaltar que, como en otras partes de México, las mujeres nahuas tienen un papel central en el desarrollo de la economía de subsistencia campesina al ocuparse en actividades no remunerativas que se han “visibilizado” y “rentabilizado” ante la ausencia de los miembros (hombres y mujeres) de la familia extensa que han emigrado. Sobre esa base, han ingresado a nuevos tipos de organización del trabajo contratando mano de obra tradicional para el cultivo de alimentos, cuidado de las tierras agrícolas (aun cuando ya no se siembra en la mayoría de las comunidades) y solares, recolección de madera y cría de animales domésticos.

Al mismo tiempo, las mujeres han recreado su participación en la economía informal a través del autoempleo en pequeñas empresas domésticas de preparación y venta de alimentos, producción de velas o pan, en expendios establecidos o ambulantes de productos agrícolas o industriales (tiendas de abarrotes, tortillerías, papelerías). Estas actividades, financiadas en parte o totalmente por las remesas, se agregan a su importante papel de consumidoras de bienes y servicios de sectores como el de la construcción (en muchos casos las madres y esposas ejercen presión para que los familiares emigrantes construyan sus casas en la comunidad) y de alimentos en el rubro de granos básicos (ante la ausencia de la agricultura por degradación ambiental y falta de trabajadores).

Cuando la economía regional se desenvuelve en los términos presentados, la capacidad de la administración económica de parte de las mujeres y familias que “no emigran” pone al descubierto que migrapesos y migradólares, además de promover una mayor capacidad adquisitiva para el consumo y la contratación de mano de obra, también fortalece la tendencia productiva en la creación de autoempleos (en la economía informal) en el sector de servicios. El comportamiento ascendente de estas prácticas es interpretado por los actores sociales como “progreso”, en la medida en que la población tiene mayores posibilidades de adquirir bienes y servicios para mejorar sus condiciones de vida y, todavía mejor, combinar los ingresos en remesas a partir del trabajo local.

Hay otros aspectos a resaltar en el bienestar de los hogares nahuas apuntalado por las remesas: el equipamiento de las viviendas que redunde en mejores condiciones de vida, sobre todo en las casas paternas. Las familias perciben como “progreso” la sustitución de la casa tradicional de adobe por las de mampostería y ladrillo a pesar de resultar inadecuadas para el clima trópico seco de la región; el acceso a letrinas (aunque hay un alto déficit al respecto), lavaderos, cercados y bardas, aparatos electrodomésticos, líneas telefónicas particulares o comerciales y automóviles (particulares y públicos) con traslados cotidianos dentro y fuera de la zona, y que son de gran ayuda en las labores del campo: acarrear leña, limpiar las huertas y servir de

cobijo en las milpas alejadas (como los trailers, traídos de Estados Unidos). La superación material a través de la adquisición de bienes y servicios se suma a otros marcadores de prestigio como su creciente bilingüismo, y su capacidad para el gasto ritual.

Las estrategias femeninas o familiares para potenciar los recursos combinados del exterior son múltiples y consideradas exitosas en la medida en que les permite alejarse de la pobreza extrema al garantizar viviendas más dignas y equipadas. Desde su percepción, las mujeres que no emigran consideran el autoempleo como una valiosa opción a los cambios familiares producto de la migración a fin de no depender en exclusiva de las divisas y asegurar su manutención frente a la ausencia de familiares emigrantes. Este mecanismo ha permitido que las mujeres revaloren sus habilidades para transitar de una actividad a otra como un medio para establecer su independencia al generar ingresos propios, gracias a los cuales “nada falta”.

Otro aspecto a tomar en cuenta en el papel de las mujeres es su capacidad para formar y administrar ahorros en las cajas solidarias locales (con mayoría femenina entre sus miembros). Estas instituciones financieras resultan ser un engranaje estratégico en la reproducción de la comunidad migrante (tanto en el origen como en los destinos nacionales o internacionales) debido a las posibilidades que ofrecen para proveer de recursos líquidos a corto plazo a las familias ante emergencias de manutención o salud e inversiones productivas (materiales o transportación de la artesanía, entre otros) o rituales.

La garantía no escrita se basa en la confianza de la entrada periódica de remesas con migrapesos o migradólares o de los recursos generados localmente. Es decir, el uso de las remesas tiene una lógica de diversificación en un amplio registro: desde el consumo (familiar y colectivo) hasta el ahorro en especie o en dinero. Esta dinámica explica por qué las mujeres pueden potenciar los recursos del exterior en beneficio de toda la red migratoria.

Las prioridades del consumo de los ingresos combinados de remesas nacionales e internacionales con los recursos propios establecen en primer nivel la alimentación, seguida de la educación, la atención a la salud y el consumo de bienes y servicios. Sólo en coyunturas familiares o comunitarias estos recursos se dirigen a proyectos o necesidades específicas. En ciertas posiciones económicas, estas remesas se triangulan con otros puntos del país donde familias de artesanos o de trabajadores internacionales o profesionistas tienen sus residencias permanentes en el exterior.

Lazos y pertenencia (el otro valor)

Después del ámbito doméstico, que, como se advierte, debe ser funcional para la subsistencia y seguridad familiar, está el espacio laboral comunitario inscrito en el sistema de solidaridad e intercambio, por lo tanto gratuito. Los emigrantes imposibilitados a cumplir con su tequio (trabajo colectivo no remunerado) deben contratar a un peón (en la región hay toda una cultura del

“peonaje” o “alquiler”) para responder con el compromiso de aportar trabajo a la comunidad.

Se trata de ciertas inversiones, a veces anuales o por obra, destinadas a la cobertura del empleo no remunerado; su impacto está regulado en la dimensión social y simbólica que permite llenar el vacío dejado por la emigración. Tal como se presenta en otras experiencias de envío de remesas colectivas, entre las comunidades nahuas las obras de beneficio social se dirigen hacia las mejoras del templo religioso; en torno a obras públicas, éstas se derivan a través de la cooperación comunitaria familiar. Las remesas destinadas a estos cargos del trabajo diferido se combinan con aquellas orientadas al gasto ritual de gran importancia en estas comunidades.

Mayordomías, promesas individuales, familiares y colectivas, compadrazgo en diversos niveles religiosos y sociales han promovido el consumo en grandes proporciones. De hecho, también la implosión festiva es un marcador del “progreso”, ya que “antes no había estas fiestas tan bonitas, ¡ni tantas!” Por eso, los nahuas se confiesan a sí mismos como “fiesteros” porque en ello les va el prestigio, de ahí el alto significado de la participación en el sistema ritual en varios niveles a partir de los compromisos familiares para afianzar las alianzas de parentesco y compadrazgo, y con la comunidad para reforzar la pertenencia y la cohesión destinando ahorros, remesas y trabajo.

Los migrapesos y migradólares tienen un fundamento afectivo, y no sólo de racionalidad económica, para conservar los vínculos familiares y la pertenencia comunitaria. El equilibrio conseguido a pulso en sus negociaciones históricas con la integración, ha permitido valorar de forma afirmativa este proceso que ha llevado a las comunidades a conquistar ciertos logros materiales y simbólicos. Esta percepción se desprende de las respuestas de los actores cuando establecen con claridad un “antes” y un “después” en su tiempo social, cronología objetiva donde la experiencia migratoria dibuja sus grandes transiciones.

Al marcar sus propios principios de bienestar familiar y comunitario, el saldo es que en un nivel amplio sus pueblos “han progresado”. De hecho, tal prosperidad no es ajena a los visitantes que suelen acompañar con este mismo calificativo comentarios positivos sobre estas comunidades “más educadas que antes porque ahora se van al norte” o en otro caso porque “son buenos comerciantes de sus artesanías”. En otros términos, la superación de la pobreza que caracterizó a las pasadas generaciones ha sido un objetivo vital en la movilidad económica de este pueblo indígena. Para los nahuas, la síntesis de sus esfuerzos es “hacer la lucha” cuyos frutos en pesos o dólares servirán para la reproducción social.

Remesas y marginación

Si bien los parámetros de consumo en bienes y servicios tiene un crecimiento generalizado, en la región nahua existen grandes

distancias de este bienestar entre hogares y comunidades en razón del tipo de inserción laboral (algunos están fuera de la tradición artesanal) y de sus trayectorias migratorias (diferencias en intensidad y diversificación de destinos). Esta situación provoca un contraste entre los hogares indígenas que seguirán calificando en los bajos índices de desarrollo aunque beneficiados de forma marginal del total de las inversiones familiares y comunitarias. Esta condición confirma la estrecha relación establecida entre los indicadores de marginación y tipos de migración.

El referente estatal da una idea de la proporción “líquida” de las remesas internacionales. Como referente hay que señalar que en el estado de Guerrero la emigración internacional es eminentemente rural; la importancia de las remesas del extranjero radica en la alta proporción que estos ingresos tienen en los hogares en casi la mitad de los municipios, además constituyen más del 50% de las percepciones. Uno de los cálculos realizados sobre las percepciones en dólares establece una media estatal mensual per cápita en 1 466 pesos (Morales, 2005).

En los estudios sobre remesas internacionales en este estado, se comprueba la asociación entre bajos ingresos (por la poca participación en la migración internacional) con una superación mínima de las condiciones de marginación. Es decir, que en condiciones de alto y muy alto grado de marginación, los migradólares evitan que la población se estanque en la extrema pobreza.

Para los municipios de la región del Alto Balsas, también las diferencias son abruptas, ya que existen contrastes extremos en la recepción de remesas internacionales a partir de la media estatal y las categorías de marginación. Mientras Copalillo, Mártir de Cuilapan y Zitlala, con un grado muy alto de marginación, tienen una media per cápita de 627 pesos, Atenango del Río, Huitzuco de los Figueroa, Tepecoacuilco de Trujano y Eduardo Neri, con grado alto de marginación, registran una media per cápita arriba de la media estatal con 2 133 pesos.

Esto significa que para los municipios con grado muy alto de marginación, las remesas llegan en pocas cantidades, por lo tanto, su impacto es mínimo, pero significativo al mejorar la marginalidad. Para el segundo grupo de municipios, los ingresos en dólares representan el mejoramiento de los niveles de vida y de los indicadores de marginalidad.

En conjunto, los esfuerzos de los trabajadores internacionales de los municipios donde se asientan los nahuas del Alto Balsas tienden a mejorar los indicadores de marginación, como se atestigua en el resto de las jurisdicciones guerrerenses con baja calificación en el Índice de Desarrollo Humano (Morales, 2005).

Informes internacionales sobre la remesas en Guerrero coinciden de otro modo en el impacto que tienen las remesas en los indicadores de la marginación al destacar que la proporción de habitantes pobres se reduce dos puntos porcentuales debido al ingreso que perciben por concepto de remesas, cifra “no muy elevada” pero de similar impacto al de los programas gubernamentales como Procampo y, en ese momento, Progres y los Fondos de Infraestructura Social Municipal (Banco Mundial, 2003).

De esta forma se equiparan las inversiones particulares en remesas con las inversiones públicas, por lo tanto, en estados como el de Guerrero las aportaciones gubernamentales son ínfimas.

En los siete municipios del Alto Balsas marginados de los proyectos de desarrollo estatal y en la región nahua en particular por su exclusión histórica, los trabajadores que emprenden la emigración nacional e internacional y sus familias enfrentan su propia lucha contra la pobreza en condiciones de explotación y marginalidad social dentro de sus destinos migratorios, trátese de jornaleros agrícolas, comerciantes ambulantes, trabajadoras domésticas o trabajadores o trabajadoras internacionales indocumentados. Aún así, las estrategias culturales para enfrentar no sólo la pobreza económica sino la marginación social marcada por la discriminación se manifiestan en la flexibilización e innovación de sus instituciones colectivas a fin de enfrentar los desafíos de integración marginal a un mundo que las comunidades nahuas de la región del Alto Balsas se empeñan en transformar.

Casos como el de la región del Alto Balsas aporta insumos contra la visión negativa, sobre todo difundida por los medios de información, de las comunidades de origen consideradas “pueblos fantasmas”, idea que anula la agencia de las y los actores partícipes de las grandes migraciones contemporáneas. Muestra también una orientación contraria a los enfoques dominantes basados en el “productivismo” o “desarrollismo”, atentos más a las inversiones productivas (Durand y Massey, 1995) para el desarrollo local (inducido) que a las formas locales de reproducción económica y sociocultural donde las remesas tienen un importante papel tanto en los ámbitos domésticos y comunitarios (Durand y Massey, 1992) como materiales y simbólicos.

En cambio, la perspectiva que destaca el consumo como inversión en satisfactores familiares y colectivos abre posibilidades para entender el papel de las remesas desde las transformaciones regionales. Desde esta orientación, que supone un cuestionamiento a la racionalidad económica clásica, se puede concluir que en el Alto Balsas se han articulado el autoempleo y la emigración nacional e internacional como opciones de supervivencia, mecanismos de alcances globales (Somavia, 2003).

Si bien hay otros procesos que pueden promocionarse a partir de las necesidades identificadas por los actores (como por ejemplo la exportación de artesanías aprovechando sus destinos laborales), u otras expectativas puestas en las remesas, la dinámica local encuentra sus propios entresijos y salidas en la lógica sociocultural de la región nahua, ya aleccionada por sus intensos intercambios con el mundo cuyos costos, además de cobrar vidas en la frontera norte, son sentidos en la cotidianidad. La apuesta en el presente y futuro inmediatos seguirá siendo para las comunidades nahuas el “progreso de los pueblos”. ■

Comercialización y mercados

Abordar el tema de la comercialización en los mercados rurales, necesariamente nos obliga a reconocer que la producción de subsistencia ya no es la principal actividad de la mayoría de los campesinos indígenas de La Montaña, la mercantilización de sus economías y el contacto que establecen con el mercado global, los colocan en un grado menor o mayor de subordinación al gran capital en dos sentidos: como productores y como consumidores; en ambos casos, sus recursos tienen una naturaleza vinculada a sus marcos sociales de acción y de reproducción social: doméstico, productivo consuntivo, y comunal. Por otro lado, la lógica de acción (tanto individual como grupo doméstico, como social al formar parte de la comunidad local) no está exclusivamente vinculada a una racionalidad económica mercantil, aun cuando se vea forzada en mayor o menor grado a aceptarla.

En la racionalidad que rige el comportamiento campesino, en la mayoría de los casos prima la reproducción del grupo doméstico (de sus integrantes) antes que la obtención de un beneficio adecuado al capital invertido, es decir, una racionalidad no capitalista que determina que las explotaciones campesinas funcionan a menudo a tipos nominales de beneficio negativos y, sin embargo, sobrevivan, algo imposible para la explotación agraria capitalista. Es decir, la racionalidad económica campesina consiste en la búsqueda del máximo de producción y no el despliegue de estrategias de búsqueda del máximo beneficio fundadas en la mentalidad del cálculo económico, contable y capitalista. En ello juega un papel esencial la “racionalidad comunal” que imprimen a sus estrategias reproductivas, basadas históricamente en el trabajo en grupos unidos moralmente definidos hasta el advenimiento del individualismo como sistema de reproducción.

La relación de las comunidades indígenas con la economía de mercado se expresa nitidamente en el sistema de “plazas” (Diskin y Cook, 1989). Éstas articulan económicamente bastas zonas o microrregiones, como veremos enseguida. Su importancia radica no sólo en que las “plazas” permiten el intercambio de productos de distintos ecosistemas, sino sobre todo de relaciones sociales que contribuyen a vincular a las comunidades entre sí. Por supuesto que el crecimiento de la red de caminos ha propiciado el decaimiento de las pequeñas plazas locales y el fortalecimiento de dos o tres plazas regionales, donde un sector de comerciantes intermediarios controla la producción indígena.

A grandes rasgos, a continuación se presentan las formas de comercialización y mercados que encontramos en cada una de las regiones indígenas de Guerrero:

Mercados regionales permanentes

En la región de La Montaña que, como sabemos, concentra a la mayoría de la población indígena de la entidad, encontramos como gran centro de comercio regional a Tlapa, ciudad mestiza sobre la que gravita la mayoría de las operaciones comerciales de esta comarca. Mercados secundarios, también permanentes en Huamuxtitlán, Olinalá e Iliatenco. A Tlapa acuden tanto nahuas como mixtecos y tlapanecos; los de Huamuxtitlán y Olinalá son visitados sobre todo por mestizos y nahuas del norte de la región y al de Iliatenco fundamentalmente por tlapanecos y mixtecos de la llamada Costa-Montaña.

En la Costa Chica, el mercado regional más grande e importante se encuentra en la cabecera del municipio de Ometepec, al que frecuentemente baja la población amuzga a hacer sus compras de alimentos y bienes manufacturados. Importantes también como mercados regionales son los de San Luis Acatlán, Ayutla y Azoyú, a donde acuden frecuentemente tlapanecos y mixtecos. En las cabeceras y comunidades grandes de los otros municipios existen pequeños mercados permanentes para el abasto local. Numerosos productores agrícolas venden directamente sus mercancías a compradores locales, que muchas veces son acaparadores e intermediarios regionales. En la región Centro, Chilapa destaca como gran centro de comercio regional con influencia también hacia la región de La Montaña.

La subregión del Alto Balsas, ubicada en la región Norte de Guerrero, encuentra en Taxco, Iguala y Tepicoacuilco sus grandes centros mercantiles donde se abastecen de alimentos y bienes manufacturados y comercializan su producción.

Tianguis regionales

Los tianguis se realizan sobre todo los domingos en la mayoría de las cabeceras municipales, sin embargo, destacan por la gran cantidad de gente que concentran, de casi todos los municipios de su contorno y en algunos casos como el de Chilapa que rebasa las fronteras regionales tanto de los vendedores —principalmente indígenas que acuden a vender sus productos— como de los compradores, de variopinta procedencia étnica. A este tianguis acuden compradores de todas las regiones de la entidad, gran can-

tividad de mayoristas que revenden en sus lugares de destino los productos obtenidos.

De importancia son también los tianguis de Tlapa para la región de La Montaña, Ometepec, Ayutla y San Luis Acatlán en la Costa Chica. En el Alto Balsas, el tianguis de Xalitla es de mencionar por ser específicamente de artesanías. De menor importancia, hay que destacar sin embargo, también los que se instalan en el corazón de la sierra al sur de Tlapa, en Tlacoapa y Acatepec en el área tlapaneca y Metlatónoc y Alcozauca al oriente, en el área mixteca; Tlacoachistlahuac para el área amuzga y mixteca de la Costa Chica. Hay que resaltar en estos últimos, que hemos considerado de menor importancia sólo por el volumen de gente y de productos que se involucran, la característica de que en sus plazas dominicales aún se práctica el trueque.

Circuitos comerciales festivos

De singular importancia resultan para los pueblos indígenas los circuitos comerciales festivos y simbólicos, que permiten apreciar las lealtades étnicas y su viabilidad como fuerza económica local y regional. Existen en las regiones indígenas, sobre todo en la época de la cuaresma, un sistema de fiestas que se llevan a cabo todos los viernes comprendidos en ese lapso, ahí, los principales poblados —sean nahuas, mixtecos, tlapanecos o amuzgos— celebran su fiesta al señor Jesucristo. Con estas ferias, cada pueblo reafirma su identidad, expresada particularmente en su santo y en su música; se manifiestan aquí la solidaridad y el encuentro intercomunitario, además de que sirven para el intercambio de bienes: maíz, elotes, frutas, cal, alfarería, sillas, etcétera.

Destaca entre estas festividades el tercer viernes de cuaresma, que encuentra en Xalpatláhuac —comunidad nahua de La Montaña— el principal santuario indígena y en el “santo entierro” o “señor de Xalpa”, al santo milagroso que congrega una gran cantidad de peregrinos provenientes de la mayoría de los pueblos indígenas de Guerrero. En la región Centro, es de mencionar la fiesta de carnaval, que previo a la cuaresma, se celebra en Colotlipa, municipio de Quechultenango, cuya feria congrega a los pueblos circunvecinos, no sólo mestizos, sino también nahuas y tlapanecos. El quinto viernes de cuaresma que se celebra en el pueblo nahua de Atliaca, en el municipio de Tixtla (Centro), reúne a muchos peregrinos de los pueblos circundantes que aprovechan para intercambiar sus productos. Este ciclo de fiestas que precede al temporal de lluvias, encuentra su complemento con el ciclo festivo en la época de la

cosecha, sobre todo en las fiestas y/o ferias en honor a San Miguel Arcángel y a San Francisco.

Los productos agrícolas destinados a los mercados regionales y nacionales

Entre los productos obtenidos en las regiones indígenas existen dos que son producidos con claro destino comercial: el café y la flor de jamaica. Es en las comunidades de los municipios de Ayutla de los Libres, Tlacoapa, Malinaltepec, Metlatónoc, San Luis Acatlán, Tlacoachistlahuaca y Xochistlahuaca, pertenecientes a las regiones de La Montaña y la Costa Chica, donde encontramos esta producción; son comunidades tlapanecas y mixtecas en su mayoría, y amuzgas en menor proporción.

De entre los cinco primeros municipios en la producción de café, destaca el área tlapaneca, a la que corresponde el 21% de la producción total del estado (INEGI, *Anuario estadístico*, 2004: 519). Este producto reemplazó a la producción de caña de azúcar que hasta entonces era el principal producto comercial y con ello menguó también la producción de panela y aguardiente, derivados de dicha planta.

El café se generalizó en la zona media del área tlapaneca a partir de los años ochenta, con la llegada del Instituto Mexicano del Café (Inmecafé), que promueve la introducción de nuevas variedades, brinda asistencia técnica y apoyos con herramientas, fertilizantes y herbicidas y, lo más importante, proporciona créditos a cuenta de la cosecha, mediante la creación de las llamadas Unidades Económicas de Producción y Comercialización, e instala al mismo tiempo centros de acopio y compra. En esta zona cafetalera, la mayoría de los productores tienen menos de dos hectáreas cultivadas y sólo algunos tienen más de cuatro. Son productores pobres con escasa tierra, que producen con técnicas de cultivo simples, empleando la fuerza de trabajo familiar. Además, su bajo nivel organizativo y de apropiación de su proceso productivo y de comercialización, los hace muy vulnerables ante las crisis recurrentes en el precio del café. Estas bajas significan la reducción de los ingresos y el empobrecimiento de las familias campesinas dependientes del cultivo y trae como consecuencia el abandono de los cafetales, la disminución en la cantidad y calidad de las labores, una intensificación en el uso de la fuerza de trabajo familiar y menor uso de jornaleros para las cosechas, además del incremento de la emigración como estrategia de sobrevivencia.

La comercialización del café constituye también un problema, pues anteriormente se realizaba a través del Inmecafé, pero ante su desaparición en 1989

quedó casi totalmente en manos de acaparadores y en menor medida en organizaciones de pequeños productores cafetaleros que han surgido en la región. Precisamente para buscar una alternativa a este problema, destacan la Unión de Ejidos y Comunidades la Luz de La Montaña y la Unión Regional Campesina de la Costa Chica y Montaña de Guerrero (URECHM).

En la parte baja del área tlapaneca y en el área amuzga, ya en la Costa Chica, en comunidades de los municipios de Ayutla de los Libres, San Luis Acatlán, Azoyú, Tlacoachistlahuaca y Xochistlahuaca, donde predomina un clima cálido, algunos campesinos indígenas que aquí habitan cultivan la jamaica que, junto con el café, representa un importante producto generador de ingresos para las familias.

Se siembra entre los 900 y los 1 000 metros sobre el nivel del mar, asociada generalmente al cultivo del maíz. Éste se siembra a finales de mayo y en agosto se siembra la jamaica, previo a que el campesino doble la milpa; en diciembre se inicia el corte y despique de la jamaica. Normalmente este cultivo ocupa la misma extensión de la milpa, de dos hectáreas en promedio. La producción media por hectárea es de 250 kilos.

La flor de jamaica seca tiene una importante demanda comercial para la producción de esencias, jarabes y refrescos. Los productores casi siempre venden la jamaica a los grupos acaparadores de la Costa Chica, siendo el principal destino de la producción Guadalupe, en donde están establecidas las principales procesadoras de jamaica que producen esencias y jarabes; en esta ciudad, los acaparadores colocan la flor seca al doble de lo que pagaron a los campesinos indígenas.

Existe una demanda internacional de la jamaica en flor, pero la falta de estufas para el secado, condición que imponen las empresas demandantes, ha impedido a los productores organizar la exportación. Cabe señalar, sin embargo, que la URECHM se ocupa ya de esta situación.

La migración: estrategia de sobrevivencia

Hemos observado que son diversas las actividades económicas que realizan los indígenas del estado de Guerrero y, sin embargo, no todas ellas les garantizan resolver el problema de la subsistencia. Los indígenas guerrerenses son asalariados, artesanos, recolectan productos del campo, poseen algún animal como fuente de ahorro y, sobre todo, siembran en sus terrenos hostiles pero sigue siendo insuficiente para su reproducción, motivo por el cual, una estrategia importantísima de sobrevivencia es la migración.

El comercio de artesanías: los nahuas del Alto Balsas

*Catharine Good Eshelman**

La producción y venta de artesanías para uso local y para el turismo ha sido una estrategia económica importante para muchas comunidades indígenas y campesinas de Guerrero. Aquí describo brevemente un caso de éxito artístico, económico y cultural que demuestra que las culturas indígenas pueden adaptarse hábilmente al mundo moderno, lograr un buen nivel económico y a la vez invertir en sus comunidades y mantener así su identidad cultural. El ejemplo de los pueblos nahuas del Alto Balsas nos obliga a reformular nuestros estereotipos de los indígenas (véase Good, cap. 1 de este volumen).

Innovación artística

El nuevo arte de pintar en papel de amate nació en 1962 cuando los nahuas del pueblo de Ameyaltepec transfirieron sus dibujos usados en la decoración de la alfarería a un papel hecho a mano de la corteza del amate, fabricado actualmente en la comunidad otomí de San Pablito Pahuatlán, en la sierra norte de Puebla. La combinación de los motivos líricos de aves, animales silvestres, flores y plantas de los pintores guerrerenses con las texturas del rústico papel creó un producto sumamente exitoso para el turismo internacional que comenzaba a llegar en México en estos años.

El barro tradicional se produce en dos pueblos de la zona, San Agustín Oapan y Ameyaltepec; en el caso de Oapan, este oficio se remonta hasta la época prehispánica. Todavía en el siglo xx, tanto en Oapan como Ameyaltepec, las mujeres elaboraban piezas de barro de uso doméstico: coladeras para lavar nixtamal, cántaros para acarrear agua de los pozos, cántaros grandes para almacenar agua en las cocinas, además de frutereros, cantimploras y platos para servir comida. También hacían piezas para uso ceremonial —incensarios, candeleros, platos y jarros especiales para las ofrendas— y hacían pequeñas figuras humanas y de animales que servían de juguetes para los niños. Además de usarse en los pueblos, servían para trueque con otros pueblos en el norte del estado de Guerrero.

En la década de 1950 empezó a llegar el turismo internacional a Taxco y Acapulco. Mientras los turistas extranjeros descubrieron Guerrero, con sus bellas playas, su exuberante vegetación tropical y su gran herencia cultural indígena, los nahuas de Oapan y Ameyaltepec descubrieron un nuevo comprador para su alfarería tradicional. Crearon nuevas piezas especialmente para los turistas —ceniceros, floreros, máscaras, macetas, alcancías— para ofrecer como ambulantes en Taxco, Acapulco, Cuernavaca y el sur de la ciudad de México. Observaron que las figuras líricas pintadas en el barro atraían a los compradores y desarrollaron una decoración cada vez más compleja.

El salto definitivo se dio en 1962 cuando empezaron a pintar sobre el papel de amate. La feliz combinación del rústico papel con los dibujos esti-

* Profesora Investigadora, División de Posgrado, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

lizados en colores fuertes era sumamente atractiva desde el punto de vista estético, y evocaba las antiguas culturas de México. Tanto los viajeros extranjeros como los comerciantes ambulantes nahuas apreciaron las ventajas del papel sobre el barro, ya que no pesa, es poco voluminoso y no se rompe. Después de cinco años, los nahuas de todos los pueblos vecinos de Ameyaltepec y Oapan aprendieron a pintar en el papel de amate y en la región producían miles de dibujos anuales. Existen dos clases de trabajo en amate reconocidos por los mismos artistas: los cuadros de “pájaros” con dibujos decorativos de aves, flores y animales como venados, tigres y conejos, y los cuadros de “historias”, con escenas que representan la vida cotidiana y las fiestas en los pueblos. Todos los miembros de las familias extendidas comparten el trabajo; primero alguien esboza las figuras usando un pincel y tinta china, después se aplican los colores acrílicos y al final se termina con los últimos toques en blanco o amarillo para resaltar detalles como las plumas de las aves o detalles de la ropa o las casas en los cuadros de “historia”.

Rápidamente, los pintores ampliaron su red comercial a las ciudades coloniales de Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Puebla, y Oaxaca. Cuando vendieron las obras en las décadas de los sesenta y setenta, el público pagaba precios altos, pero con el tiempo se saturó el mercado y los precios bajaron. Empezaron a fabricar otros objetos para complementar sus ingresos del amate y barro, pasaron diseños semejantes al yute, telas o pieles e hicieron máscaras y figuras de animales de madera tallada; además hacían collares y aretes de piedras semipreciosas y con cuentas de madera, barro o vidrio.

El trabajo artesanal se realiza todo el año, y se va acomodando a las exigencias de las otras tareas de la vida en el campo como la agricultura, la ganadería y la participación en las fiestas. En los cuadros de papel amate que llaman “historias”, pintan estas mismas actividades: las diferentes etapas en las milpas, el pastoreo del ganado, el trabajo de cortar leña y acarrear agua del pozo, la recolección de hierbas y frutas del campo, la construcción de casas, el trabajo doméstico. Las fiestas, las danzas tradicionales y las ofrendas son otros temas frecuentemente representados en los cuadros de historia y son de mucho interés, ya que son una especie de autorretrato cultural que realmente refleja la vida de las comunidades en mucho detalle. Los pintores de esta región han recibido mucho reconocimiento de coleccionistas de arte popular en México y el extranjero, donde hay un gran respeto entre conocedores del arte por la habilidad técnica de estos pintores autodidactos, y por la creatividad de sus diseños.

Innovación comercial

Desde el principio, los pintores de Ameyaltepec, Oapan y los otros pueblos de la región, controlaron la venta de su propio trabajo artesanal; de este modo han logrado el máximo beneficio económico de su producción, a diferencia de muchos casos de artesanos en México quienes ganan menos que los intermediarios en

la venta de su trabajo. Los originarios de esta región viajan constantemente y pasan largas temporadas fuera de sus pueblos en las ciudades y centros turísticos. Recorren el país desde puntos en la frontera norte como Tijuana, Ciudad Juárez, Matamoros, hacia ciudades del interior como Puebla, Monterrey, Guadalajara, Oaxaca, Pátzcuaro; llegan al sureste a Mérida, Cozumel, Cancún, y andan por las playas del Pacífico como Huatulco, Puerto Escondido, Acapulco, Manzanillo, Puerto Vallarta, Mazatlán, Cabo San Lucas. Igual que en la producción de artesanías, participan en la venta hombres, mujeres, niños y ancianos.

Existen tres o cuatro estrategias comerciales fundamentales. Al circular durante el día ofreciendo sus productos en las playas, en los sitios arqueológicos, enfrente de museos o balnearios o en cafés y restaurantes, pueden vender directamente a los turistas. Otros vendedores consiguen puestos temporales o permanentes en algún mercado de artesanías o en las frecuentes ferias religiosas o turísticas que se organizan en diferentes regiones del país. Una opción importante es la venta en escuelas, empresas u oficinas gubernamentales, donde obtienen permiso de los empleados para ofrecer su mercancía en los días de pago. Casi todos los comerciantes tienen clientes “particulares” a quienes visitan en sus casas o lugares de trabajo. Muchas veces estos compradores son extranjeros residentes en México o mexicanos de la comunidad artística o intelectual que aprecian las artesanías. Con el tiempo, los comerciantes aprenden los gustos de estos clientes y les consiguen piezas especiales. A la vez, algunos comerciantes venden a intermediarios, sobre todo a tiendas en diferentes centros turísticos en lugares donde no se permite la venta ambulante, con la desventaja de que pagan hasta 30 o 90 días después y los precios tienden a ser muy bajos. Algunos nahuas se relacionan con extranjeros que exportan a Estados Unidos o a Europa, y que a veces llegan a pagar casi los mismos precios que los turistas.

Moverse en las ciudades y encontrar a los clientes requiere de capacidades distintas que las de pintar o fabricar artesanías. En los centros turísticos, los mercaderes indígenas utilizan idiomas extranjeros, entre ellos el español, el inglés y el francés; tienen que buscar y encontrar compradores y negociar para obtener el mejor precio posible para su mercancía. Enseñan a los niños a vender desde temprana edad, se los llevan a los seis o siete años a las ciudades para que observen el negocio y aprendan un poco de español, y pronto empiezan a ofrecer mercancía junto con sus padres y sus hermanos mayores. Jóvenes de 15 o 16 años de edad empiezan a viajar por su cuenta, manejan una parte importante de la mercancía familiar y ganan las mismas cantidades que los adultos.

En cada ciudad a donde van a vender, los nahuas de una misma comunidad se quedan en los mismos hoteles o pensiones, o construyen casas juntas en el mismo barrio o colonia popular. Comen en los mismos restaurantes o puestos de mercado y circulan en los mismos ámbitos en busca de clientes. En realidad, en cada centro urbano recrean su isla cultural, ya que entre ellos

hablan náhuatl y guardan los mismos protocolos y formas sociales que en su propia comunidad y, de hecho, en las ciudades conviven parientes, compadres y vecinos de los pueblos de origen.

Por medio del comercio, los indígenas de esta región lograron un buen nivel de vida en términos económicos y sociales. Usan el dinero del comercio para mejorar la dieta familiar a través de la compra de fruta, queso y carne; compran animales domésticos y de trabajo, y han construido amplias casas de materiales duraderos. Parte de las ganancias del mismo comercio permiten adquirir más mercancía y comprar camionetas para transportar las artesanías a los centros urbanos. Otra inversión muy importante es la celebración de las fiestas de los santos y rituales familiares como las bodas y bautizos, así como las ofrendas para los muertos. Esta forma de gastar el dinero fortalece las relaciones entre familias en la comunidad y explica cómo el comercio sirve para mantener la identidad cultural propia.

Indígenas urbanos en el México neoliberal

La situación que viven como vendedores ambulantes indígenas en la ciudad les obliga a enfrentar otros problemas. Son blancos constantes del hostigamiento policiaco, y es común que su mercancía, que vale decenas de miles de pesos, sea confiscada con el fin de extorsionarlos. Sufren la falta de seguridad personal en los centros urbanos donde son frecuentes víctimas de asalto y robo de su dinero o de su mercancía. En muchos lugares se les han cerrado los espacios comerciales, dadas las políticas más generales en contra del comercio ambulante, donde no distinguen entre indígenas productores de su propia mercancía y los otros vendedores que muchas veces trabajan para grandes compañías que sí atentan en contra del comercio establecido. También han visto el desplome dramático en sus ganancias, e igual que la gran mayoría de la población en México, trabajan cada vez más y ganan cada vez menos.

A pesar de viajar constantemente y pasar periodos largos en los centros urbanos, los mercaderes no rompen sus relaciones con sus pueblos de origen. Han logrado múltiples estrategias para amortiguar las presiones del medio urbano y han podido conservar su lengua y su cultura propia. Los problemas de carestía, inseguridad y desplome de la venta, han hecho más difícil ir y venir de sus comunidades, aunque muchos originarios de esta región consideran su estancia en las ciudades como una situación temporal, y la comunidad sigue siendo su referente social y ceremonial más importante.

La ventaja del comercio ambulante de artesanías, con todas las dificultades que pueda ocasionar, se aprecia al considerar la situación de los pueblos vecinos que no desarrollaron esta actividad. Las alternativas económicas se limitan a la venta de la fuerza de trabajo a bajos sueldos en condiciones desfavorables. En algunas comunidades de la zona como Totolzingtla y Ostotipan los nahuas se alquilan como peones para la agricultura comercial en Sonora y Sinaloa. Llegan camiones de contratistas a los pueblos y llevan a familias enteras entre los meses de diciembre y mayo, para dedicarse a la pizca de jitomate, melón y otros cultivos de exportación. En otros casos, los hombres van al corte de caña de azúcar en Sinaloa, Nayarit, o el estado vecino de Morelos, cuya zafra se realiza entre diciembre y mayo. Los hombres pueden dedicarse a la albañilería o a trabajar como peones en obras en los centros urbanos y las mujeres pueden entrar en el servicio doméstico.

La situación actual de las comunidades de comerciantes es menos alentador que hace 20 años; han sido muy golpeadas por la crisis económica generalizada en México a partir de 1994. Un factor muy importante ha sido la contracción del mercado para las artesanías. Esto se debe a la pérdida de poder adquisitivo de la clase media mexicana, que antes compraba una parte importante de la producción de los pueblos de la región. A la vez las ventas a los turistas extranjeros en México han disminuido considerablemente, sobre todo a partir del año 2001, cuando las supuestas amenazas “terroristas” a Estados Unidos provocaron una crisis en el turismo internacional. Actualmente, los comerciantes invierten cada vez más tiempo fuera de sus pueblos y venden cada vez menos; siguen percibiendo ingresos modestos de su actividad artesanal, pero en 2003 los ingresos fueron sólo 30% de lo que fueron en los años 1989-1990; esta situación ha estimulado la migración de originarios de todos los pueblos hacia Estados Unidos, incluyendo comunidades que antes vivieron exclusivamente de las artesanías.

En los últimos diez años, los habitantes de esta región se han sumado a los millones de mexicanos que buscan mejores sueldos en el vecino país, no obstante los altos pagos a los coyotes que los pasan ilegalmente por la frontera, y las dificultades de vivir como indocumentados. Queda por verse el impacto de esto sobre la reproducción social. Hasta ahora las remesas que envían a sus comunidades de origen permiten que los parientes que se queden asuman los gastos ceremoniales, construyan casas y sigan con el ciclo agrícola. ■

La migración indígena no es nueva, sin embargo, en las últimas décadas se ha intensificado y complicado. Este fenómeno es hoy en día un problema de tipo económico, político y sobre todo social, ya que es el resultado de las diversas políticas gubernamentales que han puesto a los indígenas en una clara condición de desventaja respecto al resto de la población,

es a través de esta estrategia de sobrevivencia en donde encuentran ya no sólo un complemento a su ingreso sino que representa, la mayoría de las veces, su única manera de subsistir. A pesar de que tienen que enfrentar diversos obstáculos como la intolerancia, la discriminación e incluso la muerte, la población migrante indígena no ha mermado, sino al contrario:

salen en busca del sustento o sucumben, no tienen alternativa. El fenómeno de la migración entre los indígenas del estado de Guerrero reviste características que le son muy propias.

Según datos del gobierno del estado, Guerrero ocupa el primer lugar a nivel de migración interna y el quinto en cuanto a la migración internacional.

A partir de la implementación del modelo de desarrollo económico de la década de los cuarenta, se empezó una búsqueda masiva de mejores oportunidades y calidad de vida hacia los centros turísticos de la entidad, así, Acapulco, Zihuatanejo, Chilpancingo, Taxco e Iguala fueron los puntos donde se concretaba la atención de los indígenas migrantes. Hoy en día son muchos más los destinos escogidos, entre los que destacan los campos agrícolas de los estados de Morelos, Sinaloa y Baja California.

El Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (Pronajo) clasifica a los jornaleros agrícolas en migrantes y locales, los primeros a su vez son divididos en “pendulares” y “golondrinos”. Son pendulares quienes salen periódicamente de sus lugares de origen durante lapsos de cuatro a seis meses y que, al término de la temporada agrícola regresan; los migrantes “golondrinos” son aquellos que recorren diversas zonas de trabajo durante todo el año, consiguiendo empleos en diferentes tipos de cultivo. Los locales son aquellos jornaleros que viven cerca de los campos agrícolas donde se emplean, lo cual les facilita el traslado del trabajo a su casa el mismo día.

Para el caso de los migrantes indígenas se detectan específicamente dos tipos de migración: temporal y permanente. La primera de ellas se hace tanto dentro del estado como fuera del mismo. Los indígenas de Guerrero se contratan como cortadores de café, de caña, plátano, tomate, ejote, así como peones en las ciudades donde se requiere de mano de obra barata y sin prestaciones; asimismo, es muy común verlos en los centros turísticos como vendedores ambulantes de todo tipo de mercancías, las cuales van desde artesanías hasta golosinas y dulces. Por su parte, las mujeres, además de ser vendedoras ambulantes, han encontrado una base económica en el trabajo doméstico, éste les garantiza techo y comida. Este tipo de migración se realiza entre los meses de septiembre y enero, que corresponde a la época de “secas”, que es cuando han terminado de sembrar.

En cuanto a los mercados de trabajo indígena fuera de la entidad, destacan los estados de Morelos, Sinaloa y Baja California, donde se emplean como jornaleros. Cabe mencionar en relación con esto que los datos oficiales difieren mucho de la realidad, pues algunas dependencias gubernamentales hablan de 20

mil, otras de 30 mil y hasta de 35 mil migrantes. Sin embargo, en fechas recientes, dirigentes indígenas mixtecos y tlapanecos de Metlatónoc y Cochoapa (ambos municipios de La Montaña), llevaron a cabo bloqueos en las principales carreteras del estado como medio de presión, con el propósito de demandar el reconocimiento de su sindicato de jornaleros agrícolas, uno de los dirigentes de dicho movimiento, al ser entrevistado, señaló:

Es realmente imperdonable la situación por la que atraviesan los indígenas migrantes de Guerrero; se tienen reportes de que cada año mueren cien indígenas guerrerenses entre adultos, ancianos y niños en los estados del norte del país o bien en los Estados Unidos, que es donde se van a trabajar cientos de miles de nuestros hermanos indígenas [...] se van hasta Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Zacatecas, Baja California y Estados Unidos arriesgando su vida y pareciera que a nadie le interesa (*Vértice*, 9 de agosto 2006).

Por último, agregó que para el presente año se tiene previsto que más de 60 mil indígenas de la región de La Montaña emigren a esas entidades, por lo que a través de esta demanda estaban exigiendo el registro del Sindicato Independiente de Jornaleros Agrícolas por parte del gobierno federal, cuya solicitud, afirmó, fue entregada desde hace 12 años, sin que hasta la fecha exista una respuesta favorable a dicha petición.

Con lo anterior nos damos cuenta de que, efectivamente, las cifras oficiales distan mucho de la realidad. Respecto a la solicitud planteada por las diferentes organizaciones indígenas del estado de Guerrero para conformar y sobre todo lograr el registro de un sindicato, es muy difícil que se les otorgue porque eso implicaría el pago de salarios y prestaciones conforme a la ley.

No se desconoce la serie de atropellos a los derechos civiles y laborales que sufren los migrantes indígenas: durante el viaje reciben malos tratos por parte de los “enganchadores”; una vez instalados en su lugar de trabajo tienen que transformar su modo de vivir y adaptarse a convivir hacinados en cuartos de lámina muy reducidos en donde se carece de las más mínimas medidas de seguridad e higiene. Sin embargo, pese a las diversas dificultades con las que se topa el migrante indígena, es importante mencionar que han logrado reproducir y mantener los valores propios de sus culturas, que van desde la solidaridad, ayuda mutua, hasta llegar a las diversas formas de vida comunitaria.

Hace unas décadas, la migración se daba sólo por parte del padre de familia; en el presente, las muje-

La presencia del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, 2007

Jorge Omar García Hidalgo*

A principios de 1992, una inusual temporada de lluvias se abatió sobre el noroeste del país; gran parte de la producción agrícola sinaloense se perdió bajo el fango y el agua. El desastre no sólo afectó los cultivos sino que redujo las posibles ganancias de los empresarios agrícolas; también dejó sin trabajo y en el desempleo a miles de jornaleros. Casi todos ellos habían llegado de localidades de Guerrero, Oaxaca, Michoacán, Zacatecas y las partes serranas de Sinaloa. Varados, sin posibilidades de ofertar su mano de obra, los migrantes se vieron en la necesidad de emprender el retorno anticipado a sus comunidades, sin dinero para siquiera transportarse o alimentarse.

El gobierno federal puso en marcha un Programa Emergente para atender a los jornaleros que se quedaron sin trabajo y recursos para regresar a sus lugares de origen. Además de los apoyos para el retorno a sus comunidades, el Programa Emergente financió obras de mejoramiento comunitario y otorgó recursos para la producción agrícola en las zonas de expulsión.

Durante el ciclo otoño-invierno de 1991-1992, en Sinaloa había 10 473 jornaleros procedentes de Guerrero. Sus lugares de origen eran 166 localidades de 28 municipios. 1 814 jornaleros iban con sus familias.

Así, con la información generada en las zonas de atracción y la experiencia del Programa Emergente, en 1993 se realizó el diagnóstico sobre las condiciones de vida de los jornaleros agrícolas de La Montaña de Guerrero, lo que posibilitó el inicio del trabajo del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas en el estado de Guerrero (PAJAG).

La migración de los jornaleros guerrerenses

En Guerrero, la migración es un fenómeno socioeconómico, político y cultural generalmente asociado con la búsqueda de mejores condiciones de vida, en muchas comunidades rurales forma parte de la vida de numerosas familias, donde la migración es una tradición heredada a lo largo de generaciones, que se asume como la única forma de obtener los recursos económicos para hacer frente a las necesidades básicas de subsistencia.

Los resultados de una encuesta inédita elaborada por la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol)-PAJAG (ENJOMI, 1999) muestran que de un total de 128 084 personas captadas en diez

entidades del país, 71.87% (92 059) era residente de una entidad diferente al lugar donde fue encuestado, es decir, eran migrantes temporales, entre ellos, los residentes del estado de Guerrero fueron la mayoría con 40.52% (37 300 migrantes), le seguía en importancia Oaxaca con 23.64%.

De los grupos indígenas, los mixtecos de la región Centro y Montaña de Guerrero destacan por su presencia numérica en los campos mexicanos de agricultura empresarial, ellos trazan una ruta migratoria que sale por Tlapa, Guerrero, continúa por Cuautla, Morelos; Sayula, Autlán y Tamazula, Jalisco; la costa de Nayarit; Culiacán, Sinaloa, costa de Hermosillo y Caborca, en Sonora; San Quintín, Baja California y valles de Vizcaíno y La Paz, en Baja California Sur.

Los registros de la migración en Guerrero datan desde 1994; el siguiente cuadro muestra el comportamiento del número de migrantes a lo largo del tiempo, a partir del año 2000 que refleja el incremento en el registro migratorio anual.

En cuanto a la migración hacia otras entidades, los registros de la migración levantados por el Programa de Atención a Jor-

Cuadro 1. Registro migratorio realizado por el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas.

Ciclo o año	Núm. de migrantes
2000	24 689
2001	28 654
2002	28 502
2003	35 130
2004	35 296
2005	37 144
2006	40 207
2007*	6 283

Fuente: PAJAG, Registros de migración en Guerrero, 2000-2007.

* Datos hasta julio de 2007

naleros Agrícolas en el estado de Guerrero, señalaban que en el ciclo agrícola otoño-invierno 2001/2002, el flujo migratorio fue de 28 502 jornaleros, donde 77.44%, señaló que viajaba a Sinaloa para trabajar como jornalero agrícola, 6.80% fue a Sonora; 3.78%, a Baja California Sur; 3.29% a Jalisco; 3.03% permaneció en Guerrero para emplearse principalmente en la zona melonera de la región Tierra Caliente, y el resto migró a los estados de Michoacán, Baja California, Chihuahua, Durango, Colima y Morelos.

Para 2006, la población migrante registrada ascendió a 40 207 personas, de los cuales 55.93% (22 486) se encuentran

* Ex director de área del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas. Sedesol.

en el rango de 15 a 59 años; 24.99% (10 046) en el rango de 6 a 14 años; 17.60% (7 075) en el rango de 0 a 5 años, y el restante 1.49% en el de 60 años y más. Del total de migrantes registrados, 53.04% son hombres y 46.96 mujeres. Sinaloa se mantiene como el principal destino, con 63.29% del total de migrantes; muy lejos está Sonora, con 9.26%; a Michoacán van 8.21%; a Baja California 4.50%; a Baja California Sur 3.87; a otra región de Guerrero viajó 3.53% y el resto a Chihuahua, Jalisco, Zacatecas, Nayarit, Morelos, Durango y San Luis Potosí.

En conclusión, el estado de Guerrero es la entidad con mayor expulsión de jornaleros agrícolas. Cada región bajo la cobertura del Programa muestra sus propios flujos migratorios, sus rutas y meses de partida, retorno y destino. En general, la región Centro representa 50%, La Montaña 34.87% y la Costa Chica 15.13% con respecto al total de población jornalera migrante registrada.

En la región Centro, durante 2006 se registró un total de 20 104 personas de población jornalera migrante, que se van enganchadas en un 90%; 85% migra en grupos familiares y 15% solos. Los meses de salida más comunes son de agosto a diciembre, y los meses de noviembre a enero se dirigen a la región de Tierra Caliente dentro del estado, mientras los meses de retorno son de abril a junio.

Los jornaleros se contratan principalmente en actividades como la cosecha de chile, tomate, hortalizas, melón, café, pepino, caña de azúcar y flores. Cuando salen, se concentran en un 86% en sus localidades y la mayoría pasan a registrarse en la Unidad de Servicios Integrales (USI) que opera el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas en Chilapa de Álvarez.

En la región Montaña se levantó información durante 2006 a 14 021 migrantes, de los cuales el 100% se trasladó enganchado, 97% va en familia y el resto solos. Los meses en los que se trasladan son noviembre, diciembre, julio, enero y octubre, y retornan en el periodo de marzo a mayo y posteriormente en agosto y diciembre.

Las principales actividades que realizan los jornaleros en los diferentes estados son la cosecha de chile, tomate, hortalizas, pepino, ejote y melón entre otros. Cuando migran, 82% se concentra en sus localidades y pasa a registrarse a la USI en Tlapa de Comonfort.

En la región de la Costa Chica se registraron, durante 2006, 6 082 personas de población jornalera migrante, de las cuales 80% se van enganchados y con la familia, y 20% se van solos, los meses en que se trasladan son septiembre, noviembre, agosto, octubre, marzo y junio y su retorno se da en el periodo de marzo a junio y en noviembre y diciembre.

Condiciones de vida en las localidades de origen

Los jornaleros agrícolas migrantes de las regiones de La Montaña, Centro y Costa Chica residen en localidades de alta marginación. Para 2006, el PAJAG registró en 65 localidades de 14 municipios en su cobertura, a una población jornalera —donde al menos uno de los integrantes de la familia se emplea como jornalero agrícola en otras regiones del país—, a 48 008 personas, de las cuales 25.38% son hombres, 27.04% mujeres, mientras que 47.58% son niños de edades entre 0 y 14 años, que conforman un total de 11 402 familias. Esta población jornalera está constituida en su mayoría por indígenas mixtecos, tlapanecos, nahuas y amuzgos.

De acuerdo con la información levantada por PAJAG, en las localidades, dentro de la cobertura en las tres regiones, existen 10 479 viviendas, de las cuales 62% tiene piso de tierra, 37% de cemento y 1% de loseta o mosaico; mientras que en los techos el material utilizado en 37% de las viviendas es de lámina galvanizada, 29% rústicos de la región, 23% son de lámina de cartón; 6% de las viviendas son de cemento, 4% de ellas es de lámina de asbesto y 1% es de teja; 82% de las paredes de las viviendas es de materiales rústicos de la región, 11% de block o ladrillo y el resto de lámina de cartón o bajareque.

Existen 3 703 viviendas que requieren rehabilitación de pisos, 2 106 viviendas requieren rehabilitación de techos y 4 072 requieren rehabilitación en sus paredes. El promedio de cuartos por vivienda es de 2 y de 6 habitantes por cada vivienda. En 36.3% de las viviendas no existen sanitarios, en 19.3% no existe agua con toma domiciliaria, en 19% de las viviendas hay ausencia de lavaderos y 6.3% de las viviendas no tiene energía eléctrica.

Actividades económicas de los jornaleros

Mientras se encuentra en su localidad de origen, la población económicamente activa, en su mayoría, se dedica a labores agrícolas en sus parcelas para cultivar maíz. La economía campesina es el soporte de la producción de los alimentos básicos de la dieta familiar y la producción de excedentes agrícolas y, si es que los hay, se destinan a la comercialización, que es mínima. El producto de la cosecha se destina principalmente al autoconsumo, la duración del ciclo agrícola es de 5-7 meses; el maíz es el cultivo principal y se siembra intercalado con el frijol y diversos tipos de calabaza, de esta manera se cultivan con rendimientos muy variables que van de los 900 a 1 200 kg/ha.

Otra actividad es la ganadería, que se realiza en forma extensiva con libre pastoreo en agostaderos; las formas intensivas de explotación ganadera sólo se llevan a cabo en una escala mínima. En general, podemos decir que los jornaleros practican

esta actividad en modalidad de traspato, que incluye únicamente animales de especies menores.

Los principales problemas que presenta el desarrollo de la ganadería son: la deficiente alimentación de los animales, enfermedades parasitarias e infecciosas, la nula atención veterinaria, las dificultades para almacenar y trasladar los productos ganaderos, la baja calidad genética que redundará en la degeneración de especies y la ausencia de reglamentos para el uso de agostaderos ejidales y comunales.

Infraestructura comunitaria

En 92.3% de las comunidades jornaleras existe jardín de niños, en 96.6% escuelas de atención primaria, en 16% telesecundaria y en 8% secundaria federal. En los servicios de apoyo educativo, encontramos que en 45 localidades existe apoyo gubernamental a través del Programa Oportunidades, mientras en nueve comunidades el Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe) imparte atención educativa para niños migrantes.

En 68% de las comunidades se brindaba asistencia y servicio médico por la Secretaría de Salud, pero en todas asisten a la medicina tradicional, en cuatro comunidades asisten unidades móviles de salud y en el mismo número de comunidades existen botiquines de salud; en dos comunidades hay médico particular y en 18 asiste el promotor comunitario de salud. El aislamiento geográfico de las comunidades de origen de los jornaleros, el tamaño de la localidad (menos de 500 habitantes), la movilidad y dispersión dificulta el acercamiento físico de los servicios de salud; además, los centros de atención no tienen la cobertura indispensable y tampoco cuentan con los medicamentos, personal y equipo suficiente para cumplir con sus propósitos.

Situación del Programa en Guerrero

El objetivo del PAJAG es contribuir al mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de hombres y mujeres que conforman la población jornalera agrícola, a partir de una atención integral y oportuna, a través de procesos de promoción social, de coordinación institucional con los tres órdenes de gobierno, y de concertación social con productores, organismos sociales y los mismos beneficiarios y beneficiarias.

En 14 años de presencia del programa entre los jornaleros del estado de Guerrero, ha habido logros importantes, pero también dificultades enfrentadas. La aplicación de un método consistente y de una estrategia de atención integral, en cuya base se encuentran los promotores sociales, quienes realizan diagnósticos situacionales por localidad, elaboran ejercicios de microplaneación, promueven la participación de los jornaleros

por medio de talleres de planeación participativa, ejecutan y dan seguimiento a las acciones de promoción social, lo que ha permitido que el saldo sea positivo.

Los proyectos y acciones desarrolladas por el programa en las zonas de expulsión, buscan establecer la continuidad de aquellas aplicadas en las zonas de atracción, por ello la importancia de realizar una correcta focalización de localidades expulsoras, lo que se ha logrado a partir de la información levantada por los promotores en los albergues, así como del registro migratorio realizado en los lugares de concentración de los migrantes, como las usi de Tlapa, Chilapa y el centro de registro de Ometepec.

El trabajo en las comunidades expulsoras está enfocado a desarrollar con mayor consistencia la participación y organización, ya que los jornaleros demandan que los proyectos en su beneficio se apliquen en su localidad, éstos a su vez fortalecen las formas de representación como los comités de jornaleros, iniciadas por el promotor del programa, al darle contenido y sentido a los comités en la detección de necesidades, la aportación de los beneficiarios, la constitución y fortalecimiento de los fondos comunitarios y, en general, la colaboración organizada para superar juntos las dificultades, de manera que el proyecto es un catalizador de procesos participativos.

Como un ejemplo de las experiencias de fomento a la organización social de los jornaleros se encuentra el Consejo Estatal de los Jornaleros Agrícolas Migrantes (CEJAGM) de Guerrero, conformado por jornaleros que venden su fuerza de trabajo en estados receptores y se han constituido bajo la figura de Asociación Civil como un organismo autónomo.

El CEJAGM está constituido por tres coordinadoras regionales de comunidades jornaleras de las zonas Centro, Montaña y Costa Chica, a su vez representadas por uniones municipales de comités jornaleros de los municipios donde actúa el programa. El CEJAGM busca integrar a otros municipios que registran procesos de migración en el Estado.

La finalidad del Consejo es que los jornaleros migrantes sean reconocidos por la sociedad guerrerense como un sector productivo, el cual, con su derrama económica, aporta al desarrollo local y regional, y sean considerados en las instancias de decisión sobre los recursos para el desarrollo de sus comunidades y buscar más allá del estado, con quienes fincar relaciones de trabajo y de alianza, como las empresas agrícolas.

Uno de los instrumentos de mayor efectividad en el apoyo a los jornaleros migrantes en el estado de Guerrero es el Fondo de Previsión Social (Fopresol), que es un fondo de autoaseguramiento operado en coordinación con el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas, la Secretaría de Asuntos Indígenas (SAI) y el CEJAGM, para brindar previsión a los jornaleros mediante una indemnización en caso de fallecimiento o accidente durante el tiempo de migración fuera del estado.

En el cuadro 2 se muestra la evolución de la aceptación entre los jornaleros migrantes a lo largo de seis años. Se debe considerar que la columna Fopresol se refiere a jefes de familia que adquirieron la póliza del seguro cuyo costo es de cinco pesos.

Entre 2001 y 2006, el programa ejecutó 732 proyectos en beneficio de la población jornalera guerrerense, con una inversión de 53.3 millones de pesos, de los cuales 43.6 millones fueron de inversión federal. Del total de proyectos, 27.46% fueron de vivienda permanente (construcción y mejoramiento de pie de

casa, pisos, muros y techos; sanitarios y letrinas); 22.54% fueron proyectos de apoyo a la producción y productividad (ganado de traspas, panaderías, carpinterías, apoyo a la producción de maíz, etcétera); 11.48% de infraestructura educativa y recreativa (construcción y equipamiento de aulas escolares y canchas deportivas); 8.88% de infraestructura para la salud (construcción y equipamiento casa de salud), entre los principales tipos de proyecto.

En el futuro cercano se pretende desarrollar acciones para que la población jornalera agrícola desarrolle su actividad productiva en un marco de respeto a sus derechos humanos, laborales, étnicos y de género, con base en el reconocimiento de su aportación al desarrollo económico de la entidad y del país, con pleno acceso a los servicios básicos de salud y seguridad social, educación, cultura y recreación, alimentación y abasto, vivienda y saneamiento ambiental, empleo capacitación y productividad y procuración de justicia, en cualquier punto de su ruta migratoria. De esta manera, todas las obras, acciones y proyectos desarrollados por el programa permitirán fortalecer la organización social de la población jornalera y contribuir a establecer mecanismos de autogestión que posibiliten el desarrollo humano sustentable. ■

Cuadro 2. Registro de pólizas del Fopresol, realizado por el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas.

<i>Ciclo o año</i>	<i>Fopresol</i>
2001	5 331
2002	7 640
2003	8 982
2004	8 253
2005	8 430
2006	11 745

Fuente: PAJAG-Fopresol, 2001-2006.

res indígenas también forman parte de estas corrientes migratorias a los principales centros urbanos, en donde se emplean como vendedoras ambulantes y sobre todo como empleadas domésticas; incluso se está dando el caso de que se llegan a emplear en las zonas agroindustriales en donde la mano de obra femenina tienen gran demanda, pues las grandes empresas la consideran más redituable, ya que trabajan jornadas dobles y perciben salarios más bajos, obviamente, sin ningún tipo de prestaciones de ley; así, se enfrentan a una triple discriminación por ser pobres, ser indígenas y ser mujeres.

Por otra parte, la migración permanente reviste características muy específicas, ya que se dirige a los centros turísticos del estado, así como a las principales ciudades donde se establecen en barrios, mismos que constituyen los cinturones de miseria; ejemplos de este tipo de migración se pueden ver en las ciudades de Acapulco y Tlapa, en donde se ven claramente los asentamientos bien diferenciados tanto de mixtecos, tlapanecos y nahuas. El constituirse en barrios les permite su establecimiento y la reproducción de redes sociales de familiares entre sí y con otros miembros de sus comunidades de origen. Aunque este tipo de migración es definitivo, los indígenas mantienen contacto con sus comunidades a través del envío de

dinero para sus familiares que aún residen ahí, así como la visita a las mismas durante sus fiestas religiosas más importantes.

Con este panorama, es muy difícil cuantificar la migración, ya que muchos de los migrantes no sólo buscan mejorar su calidad de vida, sino que han rebasado las fronteras nacionales para llegar a los vecinos países del norte en busca del “sueño americano”. Según datos del gobierno del estado, Chicago, Illinois, es la segunda ciudad, después de Acapulco, con más guerrerenses; se estima que son cerca de 300 mil. Sin duda, este éxodo masivo ha contribuido en gran medida a la reproducción social y económica de muchos pueblos y comunidades indígenas a través de los recursos que los migrantes indígenas envían a sus familias. Es importante señalar que este proceso, en el que se han visto envueltos los pueblos indígenas, ha hecho que poco a poco se vayan transformando sus comunidades, están más abiertos a todo tipo de cambios, pero siguen manteniendo y sobre todo fortaleciendo sus raíces y también se ha dado una reconfiguración en sus identidades. Por su parte, Jorge Obregón señala que la migración, principalmente de jornaleros agrícolas, “nos muestra un nuevo panorama del tejido social” (2004: 84).

La nueva estrategia de producción y de reproducción, al combinar los ciclos agrícolas tanto en sus comunidades como en las zonas de recepción, los asalariados migrantes las han hecho propias, destacando diferentes facetas muy significativas. Como vimos, esta “nueva actividad” les posibilita disponer de dinero en efectivo y así cumplir con el refaccionamiento de su agricultura de temporal, sobre todo para la adquisición de insumos como el fertilizante, al igual que para cubrir los adeudos por préstamos que adquirieron para realizar las labores de la producción agrícola. De igual modo, el ingreso monetario les permite solventar los gastos del consumo doméstico durante el año.

Con lo que obtienen por su trabajo en las regiones agrícolas de alta tecnificación, también realizan los gastos y compromisos rituales en sus lugares de origen, así como para enfrentar los que se derivan de las mayordomías y el “pago de la novia”. La migración pues, garantiza la continuidad y permanencia de su calendario ritual y productivo.

En cuanto a la vida doméstica, puede observarse que este fenómeno, ante la expectativa de la salida de uno o varios miembros de la familia, se reasignan los roles y se da una nueva división del trabajo al interior del núcleo doméstico. Es aquí donde el trabajo doméstico femenino juega un papel de gran importancia: las madres entrenan a las niñas, desde muy corta edad, en las actividades domésticas, en la producción de artesanías, en el cuidado del huerto y los animales de traspatio y, es precisamente en la época de la migración cuando las mujeres y los ancianos juegan un papel relevante en el cuidado de la casa y de las actividades cotidianas. Sin embargo, en los últimos años, este panorama ha ido cambiando poco a poco, ya que debido al alto índice de migración esta división del trabajo se ha transformado para dar paso a que familias enteras tengan que abandonar sus lugares de origen y trasladarse a los campos de cultivo, en donde se contratan e, incluso, para elevar un poco más los ingresos económicos, los hijos e hijas empiezan a laborar desde muy pequeños, lo que los obliga a abandonar sus estudios. Muchos pueblos indígenas, sobre todo de La Montaña, se convierten en comunidades fantasma durante el periodo del éxodo masivo.

A manera de conclusión, hay que señalar que, en general, los pueblos indígenas de Guerrero se encuentran profundamente ligados a la tierra; allí encuentran su motor de vida, su identidad, sustento, relaciones sociales, vida ceremonial y festiva, en suma: cultura material y espiritual. Sin embargo, su reproducción social requiere de variadas estrategias de sobrevivencia, donde destaca de manera im-

portante la migración: para no sucumbir, los pueblos indios han tenido que salir de sus comunidades en busca del sustento familiar y comunitario. En segundo lugar, hoy en día el cultivo de enervantes, tema por demás escabroso y delicado, es también una estrategia de sobrevivencia. Guerrero ocupa el primer lugar a nivel nacional en producción de amapola, lo que representa el 60% del total. Son diversos los factores que han provocado que las comunidades indígenas se vean en la necesidad de ocupar sus pocos terrenos fértiles y sus laderas y cañadas en la siembra de enervantes, pero no han tenido otra opción, ya que ha sido una estrategia que les ha permitido subsistir y es un riesgo que han decidido correr cuando han agotado todos los recursos.

Población económicamente activa

Tomando en cuenta a la población indígena de la entidad, aquí se consideran todos los municipios indígenas o con presencia de población indígena según las estimaciones INI-Conapo (*Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México 2002*). El *XII Censo General de Población y Vivienda*, aplicado el año 2000, arrojó las siguientes cifras: de un total de 296 787 personas de 12 años y más, el 41.57%, es decir, 123 369 se considera población económicamente activa (PEA), y el 58.43% (173 418) es considerada económicamente inactiva (PEI). Ahora bien, de la PEA, el 98.8% se encontraba ocupada y sólo el 1.2% desocupada. Por sector de ocupación, de un total de 118 694 personas contempladas, el 52.4% tiene como ocupación principal las labores agropecuarias, el 23.3% se encuentra en el sector secundario y el 24.3% se ocupa en los servicios. Considerando solamente a los municipios con 40% y más de población indígena, observamos que el porcentaje de personas ocupadas en el sector primario se eleva al 61.1%, es decir, se concentran en la agricultura, mayoritaria de minifundistas que producen casi exclusivamente para el autoconsumo y se reduce en los otros dos: 21.3% al sector llamado industrial, que realmente es manufacturero, relativo a talleres de tabicones y demás productos para la construcción de casas; también aquí se incluyen los relativos a la manufactura de artesanías como el sombrero y la cinta de palma, de papel amate, hamacas, textiles y lacas. Por último, tan sólo un 17.6% se distribuye en los rubros de servicios: burócratas, profesores de primaria y secundaria, trabajadores de limpia y enfermeras; en el comercio (como vendedores por su cuenta, asa-

lariados en tianguis o pequeñas tiendas de abarrotes) y en comunicaciones y transportes (choferes de las pasajeras y taxis locales, peones en la construcción o reparación de caminos). Como se mencionó, el porcentaje mayor de población indígena se ubica

Cuadro 2. Porcentaje de población indígena ocupada en el sector primario.

<i>Población indígena</i>	<i>Porcentaje</i>
Tlapanecos	72.6
Mixtecos	59.4
Amuzgos	44.7
Nahuas	43.0

Fuente: Elaborado con base en INEGI. *XII Censo General de Población y Vivienda. 2000.*

en el sector primario, pero es mayor o menor dependiendo de la ubicación geográfica en donde se encuentran sus territorios, así, por ejemplo, los tlapanecos de La Montaña se ocupan principalmente en este sector, seguidos por mixtecos, amuzgos y nahuas.

A nivel municipal tenemos que los municipios de Ayutla (Costa Chica), Metlatónoc, Tlacoapa, Zapotitlán Tablas, Malinaltepec, Acatepec (Montaña) y San Luis Acatlán (Costa Chica) rebasan el 75% de individuos ocupados en labores agropecuarias y forestales, incluso los dos últimos superan el 80%; destaca en el sector secundario el municipio de Olinalá (Montaña) con el 64.3%, seguido por los municipios de Copalillo, Mártir de Cuilapan y Zitlala (Centro) con un porcentaje cercano en este sector al 50%, lo que indica la fuerte presencia de

Cuadro 3. Actividad económica y ocupación: municipios con 40% y más de población indígena.

<i>Municipio</i>	<i>12 años y más</i>	<i>Condición de actividad económica</i>				<i>Condición de ocupación</i>		
		<i>Activa</i>	<i>Inactiva</i>	<i>Ocupada</i>	<i>%</i>	<i>Desocupada</i>	<i>%</i>	<i>Total</i>
Acatepec	14 039	6 802	7 237	6 675	98.1	127	1.9	6 618
Alcozauca	8 562	1 684	6 878	1 626	96.6	58	3.4	1 526
Atlamajalcingo	3 053	670	2 383	631	94.2	39	5.8	617
Atlixac	9 736	3 815	5 921	3 806	99.8	9	0.2	3 772
Ayutla	13 284	6 130	7 154	6 089	99.03	41	0.7	5 943
Copalillo	6 723	2 118	4 605	2 101	99.2	17	0.8	2 068
Copanatoyac	8 990	2 652	6 338	2 537	95.7	115	4.3	2 458
Cualac	1 658	415	1 243	409	98.6	6	1.4	361
Chilapa	28 973	12 740	16 233	12 568	98.6	172	1.4	12 291
Igualapa	2 490	951	1 539	918	96.5	33	3.5	902
Malinaltepec	20 633	9 417	11 216	9 373	99.5	44	0.5	9 261
Mártir de Cuilapan	4 531	2 139	2 392	2 127	99.4	12	0.6	2 078
Metlatónoc	17 403	6 264	11 139	6 198	98.9	66	1.1	6 042
Olinalá	7 273	1 555	5 718	1 534	98.6	21	1.4	1 437
Ometepec	12 340	5 992	6 348	5 968	99.6	24	0.4	5 843
San Luis Acatlán	14 761	5 459	9 302	5 429	99.5	30	0.5	5 315
Tlacoachistlahuaca	8 280	3 965	4 315	3 957	99.8	8	0.2	3 825
Tlacoapa	5 252	2 191	3 061	2 185	99.7	6	0.3	2 142
Tlapa	26 555	8 823	17 732	8 646	98.0	177	2.0	8 089
Xalpatláhuac	6 666	880	5 786	828	94.1	52	5.9	806
Xochistlahuaca	13 464	8 392	5 072	8 372	99.8	20	0.2	8 217
Zapotitlán Tablas	5 953	3 149	2 804	3 104	98.6	45	1.4	3 070
Zitlala	7 161	3 813	3 348	3 797	99.6	16	0.4	3 763
Subtotal	247 780	100 016	147 764	98 878	98.9	1 138	1.1	96 444
Otros municipios con menos del 40% de pobl. indígena	49 007	23 353	25 654	22 990	98.5	363	1.5	22 250
Total Guerrero	296 787	123 369	173 418	121 868	98.8	1 501	1.2	118 694

FUENTE: INI-Conapo. Estimaciones de la población indígena a partir de la base de datos del XII Censo General de Población y Vivienda 2000, INEGI, modificado. *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México, 2002*, pp. 237-238.

personas dedicadas a la manufactura de artesanías en estos municipios, tales como lacas, hamacas, y cinta de palma.

Con relación a los ingresos, en 2000 fueron bajos para el conjunto de la población indígena: el 45.7% declaró no ser asalariado y del resto, un 24% recibe menos de un salario mínimo, y sólo el 30% percibe más de uno. Sin embargo, cuando se revisan los números en los municipios con fuerte presencia indígena, éstos se incrementan de manera sustancial. Ese año no percibieron ingreso el 85.4% en Metlatónoc, 80.8% en Acatepec, el 79.8% en Atlix-tac, 79.4 % en Zapotitlán Tablas, 69.4% en Iguala-pa, el 67.5% en Tlacoapa y el 66.3% en Tlacoachist-lahuaca. De estos municipios, en Acatepec, menos del 10% recibe más de un salario mínimo; en Metla-tónoc, Zapotitlán Tablas y Atlix-tac, menos del 12%

lo recibe; Tlacoachistlahuaca, con el 14.6%, y Tlacoa-pa, con el 23%, son los municipios que tienen los más altos porcentajes en este bloque.

En otro grupo podemos ubicar a Tlapa, cuyo porcentaje de población ocupada que recibe más de dos salarios mínimos es de 61.6%, mientras que Xal-patláhuac, con el 54.1%, y Cualac, con el 50.4%, reba-san con mucho el promedio estatal indígena que es de 30.1% y que, en suma, es bajo.

Se debe destacar que el 52.4% de la Población Económicamente Activa Agropecuaria (PEA-A), es decir, 62 178 personas, así como 56 516 (47.6%), ubi-cadas en los otros dos sectores, se encuentran entre los que no reciben ningún tipo de salario, es decir, el 45.7%, y en el rango de entre menos de uno a un sa-lario mínimo, se encuentra la población que consti-tuye el 69.8% de la PEA ocupada.

Cuadro 3. Continuación.

<i>Municipio</i>	<i>Sector de ocupación</i>					
	<i>Primario</i>	<i>%</i>	<i>Secundario</i>	<i>%</i>	<i>Terciario</i>	<i>%</i>
Acatepec	5 570	84.2	592	8.9	456	6.9
Alcozauca	1 008	66.1	260	17.0	258	16.9
Atlamajalcingo	325	52.7	115	18.6	177	28.7
Atlix-tac	2 588	68.6	563	14.9	621	16.5
Ayutla	4 592	77.3	478	8.0	873	14.7
Copalillo	568	27.5	990	47.9	510	24.7
Copanatoyac	1 281	52.1	670	27.3	507	20.6
Cualac	176	48.8	107	29.6	78	21.6
Chilapa	8 044	65.4	2 045	16.6	2 202	17.9
Igualapa	606	67.2	151	16.7	145	16.1
Malinaltepec	7 513	81.1	513	5.5	1 235	13.3
Mártir de Cuilapan	838	40.3	1 011	48.7	229	11.0
Metlatónoc	4 633	76.7	603	10.0	806	13.3
Olinalá	244	17.0	924	64.3	269	18.7
Ometepec	2 957	50.6	1 680	28.8	1 206	20.6
San Luis Acatlán	4 033	75.9	678	12.8	604	11.4
Tlacoachistlahuaca	2 470	64.6	971	25.4	384	10.0
Tlacoapa	1 678	78.3	158	7.4	306	14.3
Tlapa	2 057	25.4	1 966	24.3	4 066	50.3
Xalpatláhuac	275	34.1	346	42.9	185	23.0
Xochistlahuaca	3 597	43.8	3 626	44.1	994	12.1
Zapotitlán Tablas	2 421	78.9	294	9.6	355	11.6
Zitlala	1 404	37.3	1 836	48.8	523	13.9
Subtotal	58 878	61.1	20 577	21.3	16 989	17.6
Otros municipios con menos del 40% de pobl. indígena	3 300	14.8	7 042	31.7	11 908	53.5
Total Guerrero	62 178	52.4	27 619	23.3	28 897	24.3

